

CAPÍTULO XXV.

LAS DOS AMIGAS.

—

VI.

La tarde del mismo día en que hemos presentado á nuestros lectores la familia de la señora Genoveva, llegaron los viajeros. Era cerca de anochecer, y apenas tomaron asiento en una salita baja con rejas al jardín, se presentaron Ines y Dolóres á obsequiar y acompañar á los amables huéspedes, siéndoles á poco servida con la mayor finura una opípara cena.

La señora Genoveva no se cansaba de hacer cumplidos elogios de la hermosura de Clementina, lo cual apoyaba Ines con la mas franca sinceridad, no sucediendo lo propio con Dolóres, la que desde luego puso un gesto desapacible al contemplar la notable belleza de la jóven. Su carácter envidioso no podia tolerar en otra la mas pequeña sombra de superioridad.

— Permittedme, hija mia, que os abrace una y mil veces, decia llorando la bondadosa Genoveva y sin poder apartar sus ojos de Clementina. Mis lágrimas os afligirán acaso, pero son hijas de mi cariño y del

incesante recuerdo que tengo de vuestra noble madre, de la que sois su vivo retrato.

Conmovida Clementina con las demostraciones de aquella buena gente, dió una leve tregua á su dolor para corresponder á ellas, mirando á Ines desde el primer momento con un impulso de irresistible simpatía.

Después de haber girado la conversacion sobre memorias pasadas y otras várias cosas, insinuó la señora Genoveva á don Gil, lo conveniente que seria retirarse á descansar.

— Yo por mi parte, contestó el anciano, aun permaneceré aquí disfrutando el agradable ambiente de los jardines; Clementina necesita descanso y puede retirarse.

— ¡Oh! sí, murmuró esta; aprovecharé con mucho gusto vuestro permiso.

— En ese caso, acompañad vosotras á esta señorita, dijo la señora Genoveva á sus hijas.

— ¿Para qué se han de molestar las dos? basta con que Ines tenga la bondad de enseñarme el aposento que me hayáis destinado.

Clementina al decir esto asió el brazo de su nueva amiga, temerosa de que otra disposicion contrariase su deseo. Dolóres, mordiéndose los labios de coraje, permaneció clavada en su asiento y correspondió con un irónico gesto al atento saludo que dirigió Clementina á los circunstantes.

— No me dejéis ni un momento, dijo la nieta de don Gil á Ines, luego que salieron con direccion al piso principal donde tenia sus habitaciones.

— Tendré en ello mucho gusto, señorita.

— Ni me llaméis tampoco señorita; llamadme amiga, hermana, cualquier término cariñoso que me demuestre vuestra simpatía. ¡ Ah ! ¡ tengo tanta necesidad de que me quieran !...

— Pues contad con mi sincero cariño, el que os ofrezco tan espontáneo y puro como el mas grande y fraternal sentimiento.

— Gracias, amiga mia ; mi querida Ines, no en vano os he elegido por compañera, sintiendo por vos una irresistible simpatía.

Estas palabras fueron pronunciadas dentro ya de la primera pieza que la habian destinado, y era una salita pequeña, sencillamente amueblada. Tenia dos balcones desde los que se dominaba la carretera de Castilla. Enfrente estaban las alcobas que debian servir para ambas.

Una suave y plateada luna iluminaba por completo el aposento.

— ¡ Oh ! ¡ qué hermosa noche ! murmuró Clementina acercándose al balcon de su dormitorio y recordando con pena aquella en que, por primera vez, escuchó las dulcísimas canciones de Alberto.

Ántes de entregarse al descanso que tanto necesitaba y hallándose sola, se dejó llevar de sus tristes cavilaciones, y por fortuna suya el llanto, largo tiempo comprimido, brotó á raudales de sus ojos, con lo que desahogándose algun tanto su acongojado corazon, pudo al fin conciliar un sueño bastante apacible, si no del todo tranquilo.

Amaneció el siguiente día y pasaron tres mas uniformes y monótonos sin ningun incidente digno de notarse.

El mutuo y tierno cariño de las dos jóvenes, creció de manera que no se separaban ni un minuto. Dolores nunca pudo alternar con ellas en sus solitarios paseos y secretas conversaciones, por lo cual estaba celosísima y se propuso vengarse, espiando todas sus acciones hasta sorprender el secreto que no podia dudar existia entre las dos.

Don Gil llegó casi á tranquilizarse por completo al ver que la fisonomía de su nieta recobraba la calma, creyéndola enteramente curada de su funesta pasion. Por lo tanto y atendiendo á lo bien que se encontraba en Villacotin y lo á propósito que era la aldea para no ser descubiertos por el marqués, se propuso installarse en ella, si no definitivamente, por lo ménos todo el verano.

Un dia, manifestando á Clementina su resolucion, la dijo :

— ¿Hija mia, estás dispuesta á otorgarme una promesa que voy á exigirte ?

— Mi deseo es complaceros.

— Antes quisiera saber el estado de tu corazon ; dime, pues, ¿has conseguido olvidar el amor de Alberto ?

Clementina bajó la mirada al suelo, y una lágrima ardiente y silenciosa que se deslizó á lo largo de sus mejillas, al propio tiempo que se escapaba de su pecho un profundo suspiro, demostraron al anciano con claridad lo que pretendia saber.

— ¿No me respondes? dijo, ¿luego le amas todavía?

— Mandadme cuanto queráis, siempre que vuestras órdenes puedan ejecutarse por mi voluntad ó mis sentidos, y os obedeceré sin replicar, pero no me mandéis olvidar le, porque no puedo dictar leyes á mi corazon, ni arrancar su imágen de mi pecho.

— ¡ Desgraciada ! ¿ Tanto le amas ?

— ¡ Ah ! fué mi primero y último amor.

— Debes, hija mia, hacer un esfuerzo supremo por dominar ese sentimiento. Nunca podrás ser su esposa, os separa una barrera insuperable, y de otro modo vuestro amor es un crimen.

Explicadme por Dios ese misterio.

— Hoy no puedo ; para decírtelo necesito saber y convencerme de que ya no le amas, y para decírselo á él, estoy recogiendo datos indispensables, que inmediatamente le harán desistir de su propósito retirándose á un paraje donde no os volváis á ver.

— ¡ Oh Dios mio ! ¡ Dios mio !

— Valor, hija mia ; el obstáculo que os separa es tan grande, tan inmenso, que no hay esfuerzo ni humana voluntad para vencerle.

— ¿ Y qué haré, triste de mí ?

— Olvidarle.

— No puedo.

— El tiempo todo lo borra ; prométeme que no le escribirás, que no darás paso alguno para descubrirle tu paradero, y quedaré satisfecho. Esta promesa que exijo de tu corazon, es por tu felicidad, por asegurarte un porvenir, si no dichoso, tranquilo al ménos y sin remordimientos.

— ¡ Me es imposible prometer nada !...

— Te lo mando por la sagrada memoria de tu madre y la exijo en su nombre.

La voz del anciano tenia cierta solemnidad que intimidó á la jóven y no pudo ménos de prometer cuanto de ella se exigia.

¡ Ay ! promesas arrancadas por la severidad y el temor á una niña tímida, inocente y apasionada, ¿quién puede asegurar que se cumplirian ? Sin embargo, la infeliz Clementina hizo un esfuerzo supremo por obedecer al anciano, combatió en su pecho aquel amor que la ausencia acrecentaba, y fiel á su palabra no dió paso alguno por saber de Alberio, ni pretendió informarle del sitio adonde la habian conducido.

Al llevar á cabo esta resolucion, tuvo que sufrir muchísimo, y aquel sufrimiento, sordo y comprimido, imprimió pronto sus huellas en aquel hermoso rostro, en el que se retrataba su tristeza profunda.

El sonrosado brillo de sus mejillas desapareció por completo, sustituyéndole una mortal palidez. Sus ojos negros, grandes, de mirada dulce, penetrante, estaban hundidos y apagados, brillando solamente á intervalos por el fulgor de una fiebre lenta y penosa, que iba alterando su salud y combatiendo poco á poco su débil naturaleza.

Conoció que para ella no habia otro remedio que Alberto ó la muerte, y se resignó á morir como un mártir, despues de haber luchado en vano por des-

terror de su alma aquel amor que aniquilaba y destruía su salud y su vida.

Ines llegó á comprender el motivo de la tristeza de Clementina, y aunque no la fué revelado todo el secreto, supo lo bastante para emplear constantemente todo su cariño en dulcificar aquella amarga y continua melancolía.

Hallábanse una tarde paseando por la márgen del florido arroyuelo que, atravesando la aldea, cruzaba tambien por los jardines de la casa de Genoveva.

— ¡ Amiga mia ! dijo Ines á Clementina, tu tristeza crece con el tiempo, y me aflijo porque no hallo recursos en mi mente para calmarla.

— ¡ Y si quieres un imposible !

— Yo estaba casi convencida que no hay imposibles para una voluntad firme y decidida, pero estoy tocando el desengaño.

— ¡ Vaya si los hay ! por ejemplo, segun dice mi abuelo, mi union con el hombre que amo es absolutamente imposible.

— No hagas caso ; existirá ese obstáculo en su mente, porque no le convenga vuestra boda. Tambien mi madre me prohíbe amar á Tirso, y á todas horas clama que es imposible nuestro casamiento.

— ¿ Pero tú le escribes y sabes de él ?

— Eso sí, y viene tambien á verme.

— ¿ Qué hace en Madrid ?

— Está de secretario en casa de un marqués.

— ¿ Y tu madre os niega su consentimiento ?

— Pero de una manera terminante ; luego tiene

un carácter tan severo, que no se la puede contradecir ni darla razones de ningun género.

— ¿Y en qué se apoya ?

— En nada. Dice que tiene sus motivos para prohibirme amarle, y hace un gran empeño por que me case con un primo mio, á quien, dicho sea de paso, no puedo ver ni en estampa.

— Aquí tenemos otra como la de mi abuelo; sin darnos explicaciones, se contenta con decir: « vuestro amor es imposible, borrarle del corazon, » como si fuera tan fácil dar órdenes como arrancar un sentimiento que se ha grabado en el alma con indeleble raiz.

— No te canses ni pierdas la esperanza, esas son aprehensiones, consecuencias naturales de su edad.

— El caso es que yo sufro mucho : he prometido olvidarle, y léjos de conseguirlo, le amo cada vez con mas delirio.

Clementina, al decir esto, dejó correr de sus ojos lágrimas abrasadoras, y apoyando su cabeza en el seno de Ines buscó en su dulce amistad un grato consuelo á sus acerbos dolores.

— No te aflijas, querida Clementina, ni pierdas nunca la esperanza. La oposicion de tu abuelo debe dimanar de su odio al padre de tu Alberto; con el tiempo, y al ver la constancia de vuestro amor, acaso se extinga y consienta en haceros felices.

— Conozco que la causa debe ser esa, pues cuando Alberto le pidió mi mano, contestó : « para el hijo de don Álvaro, jamas, » y al propio tiempo, manifestó hácia él un odio profundo.

— Pues no temas, que todo se borra con el tiempo.

— Tiene mi abuelo un carácter demasiado inexorable para olvidar sus odios con facilidad.

— ¿Y qué culpa tiene el hijo de las faltas de su padre?

— Y qué quieres, esto no se puede discutir con él, se pone furioso y no hay mas remedio que callar y morirse de tristeza.

— Vamos, lo mismo que mi madre; parece que los han cortado por un patron.

Una criada llegó á interrumpir la conversacion de las jóvenes.

— ¿Qué traes, Marcela? dijo Ines.

— Esta carta que me ha dado el criado de don Tirso para que os la entregase.

— Te lo agradezco infinito, dijo la jóven con alegría.

— Me voy corriendo, no me sorprenda la señorita Dolóres, que siempre está en acecho, y se lo diga á vuestra madre.

— Sí, Marcela, véte; yo sabré recompensar tu lealtad.

El contento de Ines era extremado; pero supo ocultarle á su amiga, por no aumentar su tristeza.

— ¿Es de tu amante? la dijo Clementina.

— Sí; me anuncia que le espere esta noche en la reja: como mañana es domingo, ha pedido permiso, y viene á pasar aquí el dia.

— Mucho me alegraré conocerle.

— ¡Es tan bueno!... yo no sé por qué mi madre le odia; sin duda porque nunca quiso bien á su familia.

— ¿Es de este pueblo?

— Aquí nació. Sus padres eran riquísimos, pero fueron tan derrochadores, que en poco tiempo perdieron todo su caudal, y al morir dejaron á Tirso, único hijo que tenían, en disposición de sostenerse á costa de su trabajo.

— Ahí tienes la causa de la oposicion de tu madre. Creerá que vas á ser infeliz, si el hijo sigue el sistema de su padre.

— Por eso y porque mi primo es labrador, y le conviene mucho su alianza conmigo, para que se encargue de las continuas tareas que esta profesion nos proporciona.

— ¡El interes! ¡su propio egoísmo! acaso sea idéntica la causa en que se funda mi abuelo. Á su edad, el corazon no siente, está frio, porque ha perdido el calor que en la juventud le prestan las pasiones, y juzgando por sí mismos, nos sacrifican sin remordimiento alguno, firmemente persuadidos de que cumplen su deber. ¡Ay! ¡para juzgar con acierto, el corazon no debia nunca envejecer!...



CAPÍTULO XXVI.

VISITA NOCTURNA.

VII.

Ines habló con su amante aquella noche, según habia manifestado á Clementina; su conferencia duró largas horas, y tocaron varios puntos, extendiéndose sobre todo en lo referente á la desgraciada nieta de don Gil.

Tirso, que era un muchacho muy amable, instruido y de mucho talento, indicó á su amada su deseo de conocer á Clementina, y convinieron en verse al siguiente dia en la primera misa que se celebrase en la iglesia.

Con efecto, sucedió según lo habian dispuesto. El jóven y gallardo amante de Ines se colocó cerca de la puerta con objeto de verlas entrar y ofrecerles el agua bendita, lo cual hizo efectivamente sin tener el gusto de poder hablarlas, porque iban acompañadas de don Gil y de Dolóres.

Se contentó con dirigir á Ines una tierna mirada, que le fué devuelta del propio modo, demostrando

su muda expresion el tesoro de amor que en sus corazones se escondia.

Á Clementina la miró con atenta curiosidad, y quedó pensativo creyendo reconocer aquellas hermosas facciones marchitas por la tristeza y el dolor. Sin poderlo remediar, desde aquel momento sintió una secreta simpatía por la pálida y triste niña, que cual una mártir sobrellevaba sus dolores con una santa resignacion, aunque el mal estaba encarnado en su alma y no podia destruirse.

— ¡ Ah ! se decia Tirso, yo conozco á esta hermosa jóven, no puedo dudar que la he visto, pero ni recuerdo dónde ni en qué época. Su fisonomía no me es desconocida, ni tampoco esa expresion de melancólica bondad que tanto la distingue.

Se concluyó la misa, los circunstantes salieron, y Tirso, despues de haber cambiado con su amada un signo de inteligencia, se retiró á su casa pensando en Clementina.

Llegó la noche, y con ella la oscuridad y el silencio. Las calles de Villacotin estaban completamente desiertas; solo en una, próxima á la carretera, dibujábase la sombra de un hombre que se paseaba á lo largo de la tapia donde caía el balcon de la habitacion que ocupaban Ines y Clementina.

Suena un pequeño ruido; una ventana del piso bajo se abre, y aparece en ella Ines. Al distinguir la sombra de su amante, dijo :

— Tirso, amigo mio, ¿ eres tú ?

— Sí, yo, que espero hace dos horas acompañado de mi impaciencia.

— Y qué quieres, no he podido venir ántes; esa pobre Clementina sufre tanto, que no me parece bien separarme de su lado hasta que la deajo dormida.

— Aplaudivo tu modo de pensar; y con todo, sentia tu tardanza porque tenemos muy pocos minutos para hablarnos; como esta es la visita de despedida, hubiérame sido grato prolongarla.

— ¿Cómo de despedida? ¿acaso no volverás el domingo?

— Creo que no: el marqués me ha mandado prepararme para emprender un largo viaje, y debo estar en Madrid ántes de amanecer.

— ¡Oh Dios mio! ¿y no sientes esta ausencia?

— Con toda mi alma; pero la gratitud y el deber me encadenan al marqués, y no puedo abandonarle precisamente cuando mas necesita los consuelos y cuidados de mi tierna solicitud.

— ¡Cuánto le amas!

— Mucho, Ines; le debo mi posicion, mi fortuna; sin él nada soy, nada valgo, y si he de conseguir ser tu esposo debo permanecer á su lado.

— Tienes razon, no seré yo quien pretenda apartarte de la senda que te señala el deber.

— Sin embargo, ántes de marcharnos apuraré todos los medios para retenerle en Madrid, y en último caso le confesaré mi amor; su padecimiento dimana de igual causa, y quizá tenga lástima de mí.

— Si está enamorado, es una ventaja, porque comprenderá nuestros dolores.

— ¡ Es tan infeliz !... y como la desgracia, igualmente que la felicidad, suele á veces tornar egoístas los corazones mas sensibles, temo no haga caso de mis quejas.

— Parece que la suerte nos destina á presenciar las amarguras de amantes desgraciados ; tú al lado del marqués le alientas y consuelas, yo cerca de Clementina procuro distraer á todas horas su acerba melancolía.

— Si pudieran reunirse, se consolarían mutuamente.

— ¿ Sabes que seria una magnífica idea ? Hazle venir, á ver si consigues distraerle de ese malhadado viaje que nos va á separar.

— Puede ser que lo intente. Le diré que entre los laureles de este escondido valle suspira otra víctima de amor ; le pintaré con los mas vivos colores su hermosura y su dolor, y acaso éntre en deseos de conocerla.

— ¡ Oh ! si, ¡ hazlo y nos hemos salvado !...

La luna espléndida y hermosa apareció en el oriente iluminando con sus fúlgidos rayos á los venturosos amantes que absortos en su conferencia no sentían trascurrir las horas.

Ines estaba muy bella ; las trenzas de sus largos y negros cabellos caían en descuido por sus hombros ; Tirso, apoderándose de ellas las besaba con dulce ternura.

— ¡ Ay, Ines mia ! ¡ cuánto siento separarme de ti !..

— ¿ Ya te vas ?

— Es preciso ; aunque mi alma queda en Villacotin, el deber me llama á la corte.

— Tienes razon ; separémonos ; aprenderé de Clementina á sufrir con resignacion y paciencia.

— Traeré pronto al marqués si puedo convencerle, á ver si tiene el poder de calmar los tormentos de esa pobre flor que se consume lentamente.

— Acaso los alivie ; calmarlos del todo es imposible. Su amor es de tal naturaleza, que no consiente olvido, ni admite sustitucion de otra persona. Todos los hombres están demas en el mundo para ella, solo Alberto domina sus sentidos.

— ¡ Alberto ! ¿ has dicho Alberto ?

— Sí ; es el nombre de su amante.

— ¿ Y no sabes mas ?

— No ; nunca me ha dicho su apellido ni su posicion.

— ¡ Qué rara coincidencia ! tambien el marqués se llama Alberto.

— ¿ Será posible ? ¡ Oh ! ¡ si fuera él, qué sorpresa tan grata la daríamos !..

— Infórmate de todo minuciosamente ; yo de todos modos volveré mañana.

— Entónces, adios ; no quiero detenerte.

— Adios, amada mia ; no me olvides.

— ¡ Olvidarte ! ¡ cruel !..

— ¡ Adios !..

Su último adios se perdió entre las brisas de la noche. Tirso, montando en su caballo, partió á escape

cruzando con rapidéz los olivares de Villacotin.

Ines cerró la ventana, y al ir á salir del aposento vió una ligera sombra deslizarse por la galería, y encontró abierta la puerta que habia dejado cerrada.

— ¡ Ah ! murmuró con desaliento. Me espian ; han estado escuchando mi conversacion. ¿ Pero quién puede ser ?

Absorta en este pensamiento, subió á su habitacion y se dirigió á su alcoba sin hacer ruido. Clementina tenia luz en la suya, lo cual hubo de extrañar Ines, y se acercó á preguntarla si estaba enferma.

— Ines, ¿ estás ahí, querida mia ? preguntó Clementina al sentir la aproximacion de su amiga.

— Yo soy, que vengo cuidadosa á informarme de tu salud.

— Me encuentro bien ; pero he pasado mucho miedo por ti.

— ¿ Por qué ?

— Apenas te marchaste dejándome dormida, desperté con sobresalto, oyendo un ruido extraño en la sala. Me levanté, y á la luz de la luna vi á Dolóres que registraba tu alcoba, y no encontrándote se asomó por el balcon ; sin duda os vió en la reja, porque se marchó abajo corriendo.

— Yo he conocido que nos escuchaban, pero no pude figurarme fuese ella ; y lo siento, porque hemos hablado de ti.

— ¡ De mí ! ¿ y qué habéis dicho ?

— Muchas cosas.

— Dímelas.

— Dime tú ante todo el nombre de tu amante.

— Alberto, ¿no lo sabes?

— ¿Y no tiene un título?

— Sí, es el marqués de Valle-Real.

— ¡Oh qué felicidad! ¡es el mismo!...

— ¿Pero quién?

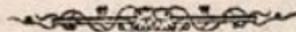
— El marqués á quien Tirso sirve de secretario.

— ¿Qué dices? ¡Tú estás loca!...

— ¡Sí, loca de alegría!... mañana vendrá con mi amante... y le verás.

— ¡Oh Dios mio!... ¡será posible!... ¡Alberto!
¡Alberto!...

Las dos amigas pasaron la noche estrechamente abrazadas.



CAPÍTULO XXVII.

LA SORPRESA.

VIII.

Apénas la rubia aurora comenzaba á iluminar los campos con su luz diáfana y pura, cuando las dos jóvenes amigas se paseaban por el jardin.

El cariño y la confianza que se inspiraron mutuamente, habia llegado al mayor extremo ; no se apartaban una de otra, ni sentian el mas leve pensamiento sin que se lo comunicasen.

La envidia y el coraje de Dolóres por aquella intimidad de que no participaba, iban en aumento, de igual modo que la desconfianza hácia ella, de quien se guardaban con el mas minucioso cuidado.

— ¡Cuán bella está la mañana! ¡qué apacible! este fresco ambiente y el blando gemir de ese riachuelo me recuerdan con placer mi delicioso valle, dijo Clementina sonriendo con alegría, acaso por primera vez desde que estaba en Villacotin.

— ¡Oh! ¡gracias á Dios, querida mia, que por fin veo asomar la sonrisa á tus labios y la animacion á

tus ojos! exclamó Ines contemplando á su amiga con dulce interes.

— Sí, tu revelacion de anoche me ha trasformado completamente. ¡Es tan triste perder las esperanzas!...

— ¿Y tú no confiabas en volver otra vez á tus sueños de ventura?

— Un porvenir muy negro se presentaba á mis ojos con la ausencia de Alberto que juzgué eterna; pero ya me parece que en medio de esa oscuridad brilla una nube rosada.

— Y aun brillará mas pura y fulgente con la presencia de Alberto.

— ¿Tú crees que vendrá?

— No puedo dudarle. Tirso le hablará de ti, de tu tristeza, y por último, cuando sepa tu nombre y que vives en esta aldea, cesarán sus vacilaciones, si ha tenido algunas, faltándole tiempo para venir á posttrarse á tus piés.

— Deseo ese momento y le tiemblo.

— Yo los espero esta noche. Tirso ha llegado á Madrid hoy al amanecer, en todo el dia le hablará, y con la oscuridad de la noche vendrán; á las doce los tenemos en la reja.

— ¿Cuánto tardan en el tránsito?

— Con buenos caballos dos horas escasas.

— ¡Oh Dios mio! ¿y si mi abuelo nos descubre? Dolóres está siempre en acecho y puede decirselo.

— Ya trataremos de evitar su espionaje.

— ¿De qué modo?

— Encerrándonos en la sala de arriba. Estaremos

en el balcon hasta verlos venir, y como yo tendré tambien en la sala baja echada la llave, no puede saber si estamos en una ó en otra. Y sobre todo, sospechará que estoy hablando con Tirso, pero de ti nada puede figurarse.

— Mira, á la derecha se han movido unas ramas con una oscilacion demasiado fuerte que no ha podido producir la brisa, quizá sea ella que nos escuche.

— Pretenderá hacerlo, pero se lleva chasco, porque hablaremos en voz baja; ¿quieres que la sorprendamos?

— No, déjala, y vamos si gustas á pasear al campo; ¡está la mañana tan hermosa!...

— No puede ser, nos esperan en la huerta don Gil y mi madre, creo han improvisado un almuerzo al aire libre, y si faltamos se incomodarán.

— Tienes razon, á la tarde iremos al campo, tenlo presente y llévame á una altura desde donde se alcance una gran parte de terreno. Gozo muchísimo al contemplar, bien sea á la aurora ó en el ocaso del sol, un horizonte sin límites, y ese azul espléndido del cielo en armonía con el bello cuadro de la naturaleza en tan solemnes y poéticas horas.

— Satisfaremos tu deseo en esta misma tarde.

Las dos jóvenes reuniéronse con Dolóres y otras varias señoras del pueblo, y se marcharon á la huerta con objeto de asistir al campestre almuerzo improvisado por don Gil, con ánimo sin duda de distraer á su nieta, y hacerla olvidar aquella pasion funesta

que se imaginaba poder extinguir con el recreo y las diversiones.

Pasaremos por alto todos los incidentes de este dia, haciendo trascurrir diez horas con la velocidad del pensamiento y porque á los amables lectores no se les haga pesada la narracion.

Serian las cinco de aquella tarde cuando Ines y Clementina, tomando las sombrillas y los graciosos sombrerillos de paja, salieron sin ser sentidas por la puerta del jardin. Encontráronse en el campo, y siguiendo una estrecha senda fueron á salir cerca de una calle de árboles que conducia á la ermita de la Soledad.

— ¿Qué edificio es aquel? preguntó Clementina.

— Una ermita; ¿quieres verla?

— ¡Oh! sí; ¿estará abierta?

— Creo que sí; en este tiempo no suele cerrar el ermitaño hasta las doce de la noche.

— Vamos allá, y rogaremos á la Virgen nos conceda su proteccion.

Clementina oró con fervor ante el altar, y sintiéndose conmovida por recuerdos dulcísimos tuvieron que salirse, porque su llanto corria con abundancia.

Sentáronse á corta distancia del santuario en una pequeña eminencia; y á la sombra de un corpulento alamo.

— ¿Á qué ese llanto, querida mia? preguntó Ines.

— Recordé la ermita de Villaverde, el sepulcro de mi madre, y la declaracion de Alberto en aquel sitio,

y entre tales recuerdos corrieron mis lágrimas sin poderlo remediar.

— Yo siento que te aflijas cuando tienes mas bien motivos de alegría.

— Es que lloro de placer, ó al ménos no creo estar triste en este momento. Todo cuanto distingo desde aquí me recuerda á Valle-Real, ese campo, ese riachuelo que va saltando entre las guijas jugueton y espumoso, esta santa casa, y por último el árbol que nos da sombra y que quiere asemejarse en majestuosa pompa al árbol de la esperanza. Allí vi á mi amante por vez primera, y el dia que nos separó mi abuelo estuvimos muchas horas contemplando el tranquilo curso del rio, que murmuraba á nuestras plantas. Alberto me dió su retrato, y recibió en cambio uno mio que me hice en Madrid al salir del colegio.

— ¿Y no me le has enseñado?

— Mírale; jamas se aparta de mi pecho.

— ¡Qué guapo es!

— No es solamente hermosura lo que tiene, querida Ines; lo mas admirable es la expresion simpática de noble majestad que revela su fisonomía. En su despejada frente y en la profunda mirada de sus negros ojos se distingue el talento mas distinguido y la mas pura bondad.

— En eso se parece á ti; la expresion de tu rostro es idéntica, y tambien tu fisonomía revela los sentimientos de tu alma. Parece que la naturaleza se ha complacido en formaros con una semejanza que asombra, pues hasta tus ojos son tambien negros, y

en ellos se distingue esa mirada igualmente dulce y profunda.

— Será ilusion tuya.

— No lo creas, es la realidad.

— ¡Dámele! mi único recreo es contemplarle.

Clementina cogió el retrato y fijando en él la vista casi con adoracion exclamó :

— ¡Oh Alberto! ¡cuán feliz seria tu Clementina si pudiera verte á todas horas así como á tu retrato!

— ¡Pues contéplame y sé feliz, hermosa mia! gritó un jóven con vibrante y sonora voz, y arrojándose á los piés de Clementina.

— ¡Oh! Alberto, ¿eres tú? dijo sin poder contener su emocion.

— Yo, sí; tu amante que no puede vivir sin ti : apénas supe tu retiro, he corrido como un loco hasta encontrarte.

— ¡Oh Dios mio! ¡será verdad tanta dicha!...

Tirso estaba detras con Ines sumamente contentos y satisfechos; dábanse el parabien por haber contribuido á la felicidad de aquellos seres tan dignos de ser queridos.

— ¡Cuánto he sufrido, Clementina mia! exclamó Alberto despues de un rato de muda y extática contemplacion. ¡Por todas partes buscándote!..... ¡y siempre vano mi afan!... ¿pero, ay? ya estoy á tu lado y nadie será capaz de separarnos. ¿Y tú, te has acordado de mí? ¿sentias mi ausencia?

— Juzga mi corazon por el tuyo, y comprenderás mi dolor; he derramado lágrimas muy amargas, sin

poder apartar tu imágen de mi alma. Me han exigido la promesa de olvidarte, y me fué imposible cumplirla, porque mi pasion no es de esas que se borran como las huellas sobre la arena que destruye el huracan.

— ¡Oh ángel mio! exclamó Alberto arrebatado de gozo, ¡qué feliz soy con haberte inspirado un cariño tan puro!... ¿Pero por qué tu abuelo con tanta crueldad se empeña en romper el tierno lazo que une nuestras almas?

— La verdadera causa la ignoro; mas he llegado á sospechar que profesaba á tu padre un odio encarnizado, y aun hoy que hace tantos años ha muerto, no se extingue ni transije de modo alguno. Su carácter es inflexible, y jamas nuestros ruegos conseguirán conmover su corazon de piedra.

— Por muy poderosa que fuese la causa que tenga para odiar á mi padre, la muerte debió borrar en él ese sentimiento, y aun cuando no, ni tú ni yo tenemos la culpa de su enemistad para que nos sacrifique inhumanamente.

— Lo comprendo muy bien, y no hallo un remedio á nuestro mal.

— Lo buscaremos, Clementina; y tan eficaz que no quede ni raíz. Esta noche trataremos de ello; segun me ha dicho Tirso, habla con su amada por una reja; esperadnos las dos y no temas, que sí el destino se nos muestra propicio, en breve seremos esposos ante Dios y ante los hombres.

— ¡Quiéralo el cielo! ¡yo por mí si continúo

sufriendo de este modo, no podré sobrevivir á mis dolores !

— ¡ Ah ! ¡ vive, hermosa mia !... vive para la felicidad ; aunque te encuentro muy pálida, muy cambiada, el bálsamo de mi amor sabrá devolverte la salud y la alegría.

— Señor marqués , dijo Tirso acercándose con respeto, dispensad si os interrumpo, pero como yo conozco las costumbres de este pueblo, veo es una imprudencia permanecer aquí más tiempo ; pueden descubrirnos de un momento á otro, y sobre comprometer á estas señoritas, nos exponemos á no poder hablarlas esta noche con la dilacion que nos plazca.

— Tienes razon, amigo mio. Retírate con tu amiga, querida Clementina ; desde léjos seguiremos vuestros pasos y os veremos entrar en el jardin.

— Adios, pues, hasta la noche, dijo Clementina con un cariñoso signo de despedida.

— Adios, amada mia ; no faltaremos á las doce.

— Seremos exactas.

— La seña es una palmada, ¿ lo entiendes ?

— De eso cuidará Ines, como mas práctica en el asunto, repuso la jóven sonriendo.

— Quedad tranquilo, señor marqués, y fiad en nuestra lealtad, dijo Ines saludando y dirigiéndose con su amiga por la calle de árboles que debian conducir las á su casa.

CAPITULO XXVIII

MELANCOLÍA.

IX.

Para informar á nuestros amables lectores de lo que habia acontecido al marqués despues de alejarse Clementina de Valle-Real, nos es indispensable retroceder algunos dias volviendo por un momento á visitar las risueñas márgenes del Tajo.

Le dejámos sumido en la mas honda desesperacion, con la vista extraviada y en actitud delirante dirigiendo á su amada un adios tristísimo y doloroso. Una fuerza superior á la suya los separaba violentamente, y una voz fuerte, autorizada, y en la que se advertia el dominio de la autoridad paternal, le prohibió seguirlos.

El infeliz Alberto no tuvo fuerzas para sufrir tan rudo como inesperado golpe, y mas al ver el desmayo de Clementina, la que no pudo, ni aun con sus tiernas miradas, enviarle un adios de despedida. Sostú-

vose en pié miéntras distinguió su aéreo ropaje flotando á merced del viento ; empero, cuando desapareció entre los árboles, cayó en tierra oprimiéndose el corazon con las manos, y exhalando un gemido inmenso, prolongado, que demostraba toda la violencia de su dolor.

Llegó la noche ; sus enlutadas sombras le sorprendieron clavado en el mismo sitio, presa del mas cruel abatimiento, y sin ánimo ni voluntad para levantarse ni para ir á su palacio á buscar el descanso que tanto necesitaba su espíritu.

Muchas horas pasó en aquella especie de letargo, sintiéndose algo reanimado con el fresco de la madrugada. Entónces se levantó y con un acceso de frenético delirio, que le hacia asemejarse á un demente, echó á correr con direccion á su casa.

Sin hacer caso de la alarma y sobresalto que todos sus criados habian sufrido por su ausencia, les preguntó :

— ¿ No han venido á buscarme ?

— No, señor.

— ¿ Nadie ?

— Absolutamente nadie.

— ¿ No han traído ningun recado para mí ?

— Ninguno.

— ¡ Oh ! ese anciano, acogiéndose bajo el amparo de sus canas, quiere burlarse de mí, exclamó Alberto con las manos crispadas y chispeantes de furor sus hermosos ojos.

— ¿ Quiere el señor marqués tomar alguna cosa ? se aventuró á preguntarle un criado.

— ¡Dejadme en paz! murmuró saliéndose al campo con precipitación.

Los criados se miraban unos á otros sin poder explicarse aquel súbito arrebató de su jóven amo.

Este sin detenerse un momento se dirigió á la quinta de Clementina murmurando :

— ¡Qué me importa su prohibicion !... ¡ yo he de seguirlos, he de ver á mi amada ó me vuelve loco el dolor y la ira! ¿Negarme su mano? ¡ oh ! ¡ y lo he sufrido con calma !... ¿ Pero quién me detuvo? ¡ ella, solo ella !... ¡ es su padre, y su autoridad le salva ! mas no logrará dejarme en esta incertitumbre cruel; voy á buscarle y le obligaré á que me dé una razon fundada que disculpe su negativa.

Embebido en estas reflexiones, siguió el sendero que se le presentó delante y á poco se encontró frente á frente de la casa de don Gil.

Todas las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas ; ó no habia nadie en ella ó sus habitantes hallábanse sumidos en un profundo sueño.

Alberto se acercó á escuchar si en el interior se sentia el ruido de los criados, y no dejó de alarmarle el sepulcral silencio que reinaba dentro.

— ¡ Dios mio ! ¿ si no habrá nadie? murmuró.

Sentó sin embargo cerca de la puerta, decidido á esperar algunos minutos.

El sol ya blanqueaba con sus primeros resplandores las crestas de los cerros circunvecinos, y ese ruido misterioso de la naturaleza unido al balar de los corderos que se dirigian al pasto, comenzó á sentirse en todo el valle.

Alberto no tuvo paciencia para esperar mas, se levantó y asiendo el llamador con mano trémula, le hizo resonar en la chapa de metal con un golpe fuerte y prolongado cuyo eco se repitió con lúgubre sonido por el interior de la casa. Viendo que nadie contestaba, siguieron otros mas fuertes y repetidos obteniendo por respuesta, igualmente que el primero, el mas absoluto silencio.

Desesperado, fuera de sí, soltó el llamador y fué á dar vuelta á la casa, deteniéndose en la parte de atras, cerca del jardin y á la puerta de una rústica cabaña habitada generalmente por el hortelano. Su mujer salió al encuentro del caballero, y al ver que preguntaba por los señores, llamó á su marido.

— ¿En qué puedo complaceros? preguntó el buen hombre descubriendo su canosa cabeza.

— ¡He llamado várias veces en casa de don Gil, y nadie me contestá!...

— ¿Y deseáis saber la causa?

— Á eso vengo.

— Nada mas sencillo; no hay nadie que pueda contestar.

— ¿Qué decís? ¿y los señores?

— El señor y la señorita se marcharon anoche serian las diez, y esta mañana de madrugada fuéronse tambien Marta, su marido y los demas criados, dejando la casa cerrada.

La palidez de Alberto se iba aumentando por grados, tuvo que sentarse en el tronco de un árbol que habia tronchado el huracan; y reuniendo todas sus

fuerzas se preparó á continuar su interrogatorio.

— ¿Y no sabéis la direccion que han llevado?

— Los señores no sé, porque no los vi marcharse, mas supongo habrán ido á Madrid.

— ¿En qué fundáis esa suposicion?

— En que Marta y los demas criados se han dirigido allá, y yo creo, como es natural, que vayan tras de sus amos.

Alberto quedó pensativo, participando de la misma sospecha que acababan de comunicarle.

Al cabo de un rato, se levantó con el ademan de una persona que acaba de tomar una resolucion importante; y despues de haber recompensado espléndidamente al hortelano recomendándole comunicase cuantas noticias tuviese de sus amos á un criado de su confianza que le designó, se dirigió aceleradamente á su casa.

Média hora despues, sin cuidarse de tomar alimento, ni dar tiempo á que le preparasen un coche, montó en su magnífico alazan y partió á un trote largo con direccion al camino real, que debia conducirle á la opulenta corte de las Españas.

Procuró hacer indagaciones en todos los puntos de parada, y como nadie le diese razon de don Gil ni de su nieta, llegó á desalentarse algun tanto.

Apénas serian las cinco de la tarde cuando, rendido de fatiga y de dolor, se apeaba á la puerta de su palacio en la calle de Alcalá.

Sombrio y meditabundo, se retiró á su dormitorio, sin que bastaran los cuidados y la tierna solicitud de

su leal secretario para sacarle de su profunda abstraccion.

Pasaron algunos dias de este modo, en los cuales se ocupó con actividad en recorrer las calles de la capital, buscando en todas á su amada Clementina, sin encontrar el mas leve indicio de su paradero, ni la mas pequeña tregua á su mortal inquietud.

Una mañana, hallábase mas abatido y melancólico que de costumbre, y como el único lenitivo á sus pesares era contemplar el retrato de su amada, le colocó delante de sí sobre una mesa, y con los codos en ella y en las mejillas las manos, se quedó largo rato embebido en su muda contemplacion.

Algunas lágrimas desprendidas de sus ojos deslizáronse silenciosamente hasta caer en la pintura, sin que Alberto por su parte hiciera el mas mínimo ademán para contenerlas.

Tirso entró, y no queriendo que nadie se acercase á su señor, tomó de manos de un ayuda de cámara la bandeja de plata donde estaba puesto el desayuno para el marqués, y se aproximó á colocarla sobre la mesa.

Sin querer, y casi con distraccion, fijaronse sus ojos en el retrato y quedó absorto al admirar la portentosa belleza de la divina criatura que representaba. Volvió á fijar en él la vista con insistencia; y grabándose en su imaginacion aquellas hermosas facciones, murmuró para sus adentros :

— ¡Mucho padece este infeliz por esa mujer; pero es digna por su belleza del amor de un monarca!...

Luego procuró distraer á su señor haciéndole que probase alguna cosa del desayuno, y por último le pidió permiso para pasar un dia en Villacotin. Fácilmente le fué otorgado, haciéndole sin embargo la advertencia de que se despidiese de su familia, pues acaso emprenderian en breve un largo viaje.

Tirso fué aquella tarde como saben nuestros lectores á ver á su amada; no ignoran tampoco su conversacion, ni sus proyectos, ni la idea que se agitaba en la mente del jóven secretario.

Cuando este al amanecer del lunes llegó á casa de su amo, encontró á casi todos los dependientes entregados aun al descanso.

Dirigióse hácia las habitaciones de Alberto, y supo por el ayuda de cámara, que su señor acababa de acostarse en aquel momento, despues de haber pasado una noche inquieta y agitadísima.

Triste con estas noticias y abrigando el presentimiento de calmar aquel hondo dolor, propuso al ayuda de cámara se retirase quedando en tanto Tirso á la cabecera del enfermo.

Hiciéronlo así efectivamente, y hundiéndose en una poltrona aguardó hasta cerca de las doce, hora en que la soñolencia del marqués comenzó á despejarse algun tanto.

— ¿Andres? murmuró llamando á su ayuda de cámara.

— Soy yo, señor, que guardo vuestro sueño, respondió el fiel secretario.

— ¡ Ah! ¿ eres tú, mi querido Tirso? Me alegro; ¿pero cómo has vuelto tan pronto?

— Porque me daba pena estar en Villacotin.

— ¿Y quién la causaba?

— La presencia de una hermosísima niña que he visto continuamente tan pálida, tan melancólica como vos y sumida en un angustioso dolor que partía el corazón solamente contemplarla.

— ¡Será verdad! ¡luego no soy solo el que sufro! ¿y qué padece? ¿lo sabes?

— Duelos de amor.

— ¡Duelos de amor! también yo; mira, acércate y cuéntame eso, me va interesando.

Tirso, descorriendo las colgaduras de la cama, se sentó á la cabecera.

El marqués prosiguió :

— ¿Conque en Villacotin hay una hermosa niña que llora su infortunio del propio modo que yo, triste de mí, lloro el mio?...

— Sí, señor, y es tan hermosa como un ángel.

— ¿Sabes su nombre?

— Clementina.

— ¡Oh! Clementina has dicho? repítelo.

— Sí, señor; Clementina, es nieta de don Gil de Manzanar.

— ¡Es ella, Dios mio! es ella!...

Con una especie de frenético delirio sacudió el impetuoso jóven la ropas del lecho y sentándose sobre él, sacó de entre los almohadones un retrato, y mostrándole á Tirso preguntó con un acento indefinible de alegría y de dolor :

— ¿Es esta?

— ¡Ella es!

— ¡Qué felicidad! ¡ya la encontré!... y dime, dime, cuéntamelo todo, no omitas ni una sílaba, ¿qué hace? ¿está muy triste? ¿me ama? ¿por qué no me ha escrito?...

Tirso satisfizo como pudo aquel torrente de preguntas, y tuvo el consuelo de ver que las melancólicas facciones de su jóven amo fueron animándose por grados.

En todo el día no hablaron de otra casa, forjando sus acaloradas imaginaciones mil quiméricos proyectos. Aquella misma tarde, montaron en dos magníficos y briosos alazanes, y tomando un trote largo, dirigieronse á Villacotin, por la carretera de Castilla.

La fortuna les fué propicia, pues apénas habian dejado los caballos en las inmediaciones de la aldea y queriendo contemplar la casa de Genoveva, se acercaron viendo á lo léjos salir por la puerta del jardín á Ines y á Clementina. Siguiéronlas con la emocion en el alma, encontrando su dicha cumplida al encontrarlas resguardadas bajo la sombra del corpulento álamo que asemejaba en majestad al árbol de la esperanza.

¡Ah! por fin tras el nebuloso horizonte que habia oscurecido su dicha, comenzó á sonreir el iris de la bonanza. Sus enamorados y juveniles corazones juzgaron eterna su ventura.

¡Vaporosos ensueños de su mente!... ¡locas quimeras que su aciago destino desvanecia con la misma

facilidad con que el huracan troncha el débil tallo de una flor !!...

CAPÍTULO XXIX.

LAZOS ROTOS.

—

X.

Inútil es que pretendamos presentar con todos sus detalles las nocturnas conferencias de los amantes; nuestros lectores comprenderán fácilmente que Alberto no se descuidó, empleando cuantos medios hubo de sugerirle su imaginacion para convencer á Clementina á que le siguiese á Madrid, donde la dejaria depositada en una casa de confianza, en tanto que practicaba las diligencias necesarias para su casamiento.

No esperando de ningun modo el consentimiento de don Gil; atendiendo su resistencia y la energia de su carácter, decidiéronse por fin á adoptar aquel medio despues de muchas vacilaciones y muchas lágrimas por parte de Clementina, la que sentia con

toda su alma disgustar á su abuelo y huir sin su consentimiento del hogar paterno. Empero la llama de su amor y los ruegos de su amante vencieron los escrúpulos de su conciencia, y se decidió al fin á dar un paso tan aventurado, pero del cual dependia la desgracia ó felicidad de su vida entera.

Ines se comprometió á seguirla adonde quiera que fuese, no abandonándola ni un momento hasta dejarla en brazos de su legítimo esposo.

Alberto, agradeciendo infinito las pruebas de adhesion y lealtad que recibia de ambos jóvenes, les ofreció vencer todos los obstáculos que se oponian á su matrimonio y hablar en persona á la señora Genoveva, alcanzando su consentimiento para que aquella union se verificase al propio tiempo que la suya con Clementina.

Dolores, con su maligna perspicacia y su perpétuo espionaje, adivinó al fin las secretas conferencias de ambas jóvenes con sus amantes, y aunque nada pudo escuchar por el cuidado que tenian siempre de cerrar las puertas con llave, no sé escapó sin embargo á su penetracion que los rondadores eran dos, y que la poética y sentimental Clementina estaba ordinariamente mas alegre que de costumbre; con lo cual excitóse en alto grado su curiosidad y redobló su vigilancia.

La noche acordada para la fuga, serian las doce cuando ya todos reposaban en Villacotin, sintiéndose levisimo ruido en la aldea y reinando en casa de la señora Genoveva el mas profundo silencio.

En el cuarto de don Gil, situado á un extremo de la galería, hallábase encendida la lámpara, lo cual demostraba que aun el noble anciano no se habia entregado al descanso.

En efecto, sentado delante de una mesa, escribia las últimas líneas en un manuscrito, el que poniendo bajo un sobre, cerró y selló cuidadosamente, guardándole en una cartera de piel de Rusia.

— Mañana se le mandaré, exclamó hablando consigo mismo, y sabrá el motivo que tengo para negarle la mano de Clementina. ¡Oh! en cuanto á esta, no tengo valor para hacerla una revelacion semejante hasta que no la encuentre curada de su fatal pasion. Pudiera ocasionarla un trastorno en su salud ó en sus facultades intelectuales. Su pobre madre murió loca á causa de una noticia por el estilo, y no seria extraño aconteciese lo propio á su desgraciada hija.

En tanto que don Gil se entregaba á sus meditaciones, Clementina y su fiel amiga Ines esperaban en la sala baja la señal que debia prevenirlas de la aproximacion de sus amantes.

La noche estaba oscura y tormentosa. Densos nubarrones enlutaban el tachonado firmamento, dejándose sentir á lo léjos el sordo ruido del trueno precedido por la azufrosa llama del relámpago.

La luna que se hallaba en su período menguante, apenas prestaba claridad, quedando algunos intervalos completamente oscurecida por las densas nubes que henchidas de vapor cruzaban la atmósfera.

— ¡Ay Ines mia! murmuró Clementina asiendo el brazo de su amiga.

— ¿Qué tienes? ¡Tiemblas como las hojas del árbol que agita el aquilon!

— Tengo miedo.

— ¿Miedo, y de qué?

— ¡El paso que vamos á dar es muy aventurado, ponerme por mí sola, por mi espontánea voluntad bajo el amparo de un hombre, desconociendo la autoridad paternal!... ¡Oh! ¡es casi un delito que me hace temblar!

— ¿Y si ese hombre te adora, y es tan noble como generoso, qué debes temer al ponerte bajo su salvaguardia?

— No lo sé; pero á mi pesar me estremezco.

— ¡Pues no es tiempo de retroceder : ya están ahí!...

Ines habia oido con claridad el ruido de una palmada á la que siguieron otras dos. Inmediatamente abrió la reja ofreciéndose ante sus ojos las figuras de Tirso y del marqués. Á lo léjos se percibia el ruido de un coche que, separándose del camino real, tomó uno de los trasversales y fué á situarse detras de la ermita de la Soledad.

— ¡Clementina! ¡amor mio! llegó el momento de la decision, estas dispuesta? ¿Me seguirás tranquila?

— No puedo engañarte, mi querido Alberto : te sigo porque te amo con delirio ; porque mi destino está unido al tuyo ; mas no te ocultaré que un pre-

sentimiento amargo haciéndome vacilar me roba la tranquilidad...

— ¡Porque no me amas, ingrata! exclamó Alberto con fuego; el verdadero amor nunca retrocede ni le arredran obstáculos de ninguna clase.

— ¡Oh! ¡no me acrimines, Alberto!... yo seré capaz de sacrificarme por este amor que me abrasa. Si está todo pronto, vamos; te he jurado amor hasta la muerte y cumpliré mi juramento.

— Yo sabré recompensarte cumplidamente.

Aprovechando aquel momento de decision y conociendo por otra parte que no debian perder tiempo, porque la tempestad se aproximaba, fueron á reunirse con ellas en la puerta del jardin. Clementina, cuando se halló en el campo, se apoyó en el brazo de Alberto; la infeliz apénas podia respirar y su rostro estaba cubierto de lágrimas.

Dolóres las habia seguido desde la galeria donde estava espiándolas, y al ver que se reunieron con sus amantes tomando la direccion de la ermita, volvió á subir con tal precipitacion la escalera, que torciéndose un pié cayó en tierra exhalando un grito, el que fué oido por don Gil cuyo cuarto estaba próximo.

— ¿Qué sucede? preguntó el anciano apareciendo en el dintel de la puerta.

— Que mi hermana y vuestra nieta van sin duda á casarse; he querido avisaros y me he lastimado un pié.

— ¡Desgraciada! ¿qué dices?

— ¡Oh! sí, sí; corred; se dirigen con sus novios á

la ermita, avisad á mi madre, y no tardéis en ir en su seguimiento.

Don Gil ya no la oía; medio loco, se lanzó fuera de la casa corriendo con la agilidad que le permitian sus débiles piernas.

Los cuatro jóvenes ya estaban cerca de la ermita y el carruaje los aguardaba á dos pasos de allí.

— ¡Alberto mio! dijo Clementina, la ermita está abierta, detengámonos un momento; quiero rezar ante el altar de la Virgen pidiéndola me proteja en esta azarosa circunstancia que atravesamos.

Nada tuvo que oponer el marqués á tan piadoso deseo, y un momento despues se arrodillaban los cuatro, elevando al cielo sus preces con ferviente devocion.

Don Gil llegó en aquel momento y en el trastorno que ocasionó en sus sentidos aquella funesta fuga, nada reflexionó; los creyó casados.

— ¡Se ha consumado el acto!... murmuró trémulo y convulso; luego lanzándose en medio de ellos y separando con violencia las manos que tenian unidas dijo con voz terrible :

— ¡Desgraciados! ¡sois hermanos!...

— Clementina lanzó un ay desgarrador, y dirigiendo á uno y otro lado sus atónitas miradas, escuchó asombrada las pocas frases que siguieron á tan cruel revelacion.

— ¡Imposible! caballero, dijo Alberto apenas se repuso de su estupor. Mi madre, doña Blanca de Cambrero, no tuvo mas hijo que yo.

— También Clementina fué la única hija de doña Elisa del Manzanar, y sin embargo don Álvaro de Peñaranda fué esposo de ambas señoras. No lo dudéis, creedme en nombre del cielo y desterrad de vuestros corazones ese amor criminal.

— ¡Dios mio! murmuró Clementina cayendo desmayada en brazos de su abuelo.

— ¡Imposible! ¡imposible!... exclamó Alberto oprimiéndose la frente con las manos, como impidiendo que saltasen sus arterias á impulso de la excitacion nerviosa que estremeció todo su cuerpo.

— En este manuscrito encontraréis los datos necesarios para resolver vuestra dudas, dijo don Gil, alargándole el manuscrito que habia sellado poco ántes.

Tirso lo tomó, y al poco tiempo recogió en sus brazos al exánime jóven que cayó exhalando un grito angustioso.

Clementina, reanimándose por grados en virtud de una esencia que Ines aproximó á su nariz, se incorporó mirando con asombro á todos lados.

— ¡Hija mia, vuelve en ti! dijo el anciano queriéndose apoderar de un brazo para sacarla de la ermita.

Clementina, desconociéndole completamente, le rechazó con dureza, y prorumpiendo en una risa estrepitosa, echó á correr por el campo sin direccion ni concierto.

¡La infeliz estaba loca!...

CAPÍTULO XXX.

EL MANUSCRITO.

XI.

Seis días después de la borrascosa noche en que tuvo lugar la escena que hemos referido en el capítulo anterior, hallábase Alberto en su palacio de Madrid.

La mayor consternación reinaba entre los dependientes de la casa, y sus continuas idas y venidas, sus misteriosos cuchicheos, demostraban que la salud de su joven señor no era muy satisfactoria.

Tirso salió de la alcoba sumamente triste, murmurando :

— ¡Oh Dios mío! ¡Dios mío! ¡ese capricho le mata; es un veneno que va infiltrándose en sus venas poco á poco y le conduce á la tumba!...

— ¿Cómo está el señor? le preguntó un antiguo criado.

— Mal, muy mal; el médico no da esperanza ninguna.

— ¿Y no halla la ciencia recursos para salvarle?

— Es muy difícil; ¡sobre ser puramente moral su enfermedad, ha sufrido un ataque tan terrible su naturaleza, que le ha hecho contraer un padecimiento incurable, terrible!... que poco á poco va destruyendo su organizacion, hasta dejarle exánime.

— ¡Comprendo, la tisis! ¿no es verdad?

— ¡Oh! sí; ¡pero una verdad espantosa!...

Ambos interlocutores guardaron silencio, dejando correr por sus mejillas una lágrima furtiva.

El eco sonoro de un timbre sacó á Tirso de su meditacion. Dirigióse apresurado al dormitorio de Alberto exclamando para sí :

— ¡Me llama!... ¡no habrá remedio!... ¡Oh! ¡qué capricho! ¡qué capricho!...

Era cerca de anochecer; la alcoba del enfermo hallábase iluminada por un hermoso globo de cristal color de rosa, que prestaba á todos los objetos un tinte fantástico y caprichoso.

El magnífico lecho, rodeado de blancas colgaduras de damasco, alzábase en el centro de la habitacion. Alberto descansaba en él, confundiéndose con los blancos encajes de las sábanas y almohadones la palidez diáfana de su rostro.

— ¡Tirso, el manuscrito!... murmuró con voz débil.

— ¡Pero, señor!... balbuceó el joven secretario.

— No me repliques; siéntate y lee.

Obedeció no sin manifestar su rostro la mas dolorosa pesadumbre.

Ocupando un sitio cerca de la cama, y á los vacilantes reflejos de una lámpara comenzó por centésima vez la lectura de la carta de don Gil.

Héla aquí :

« Señor marqués : poseído del mas hondo y grave dolor que puede sentir el corazon humano, tomo la pluma para relatar un hecho indigno que hubiera querido tener sepultado en el mas profundo olvido. Hecho cruel que mira con reprobacion todo hombre noble y honrada y que labró la desgracia de mi hija, la mia y quizá la vuestra y la de Clementina, si no puedo extinguir con este relato la fatal pasion que se ha encendido en vuestros corazones.

» Para esto tengo necesidad de hablaros de mi propia historia tomando desde muy atras el hilo de los sucesos ; prestadme, pues, atencion confiando en que mis palabras sobre llevar el sello de la verdad irán autorizadas por los documentos que acompaño, y con los que no os quedará la menor duda del inaudido suceso que voy á poner en vuestro conocimiento.

» Desde mi juventud he desempeñado en Madrid cargos distinguidos en las oficinas de la Hacienda, y como nunca me gustó figurar ni desempeñar brillantes papeles en la aristocracia ni en la corte de nuestros reyes, despues de cumplir mis deberes con el mas exacto y escrupuloso celo, retirábame con mi esposa á disfrutar en la soledad de nuestro pacífico hogar la tranquilidad de la conciencia y la hermosa enanto envidiable paz del alma.

» Muchas temporadas pasábamos en Villacotin, donde generalmente habitaba mi esposa que gustaba mucho del campo y de los aires saludables que se respiran en él.

» No tuvimos mas que una hija, mi desgraciada Elisa; la que siempre fué por su virtud y modesta sencillez el encanto de nuestra existencia.

» Como en este mundo la felicidad es tan poco duradera, yo perdí pronto la mia viendo morir de una enfermedad incurable á mi querida esposa. El único consuelo que en tan inmenso dolor quedó á mi pobre corazon, fué la ternura de mi hija, niña entonces de ocho años.

» Por no separarme de ella, nunca quise que frecuentara los colegios de la corte, ni despues en su juventud las diversiones ni las fiestas. Educóse y vivió casi siempre en Villacotin retirada del mundo y en el recogimiento propio de la modesta virtud.

» Aunque me habia propuesto no alejarla jamas de mi lado, la fatalidad lo dispuso de otro modo, y por encargo del gobierno tuve que abandonar la corte con órden de recorrer várias provincias de España y del extranjero. Esta órden terminante, que se me comunicó en pocas horas, contrarió todos mis proyectos, y no tuve mas remedio que emprender mi viaje, dejando á Elisa en Villacotin acompañada únicamente de Marta, antigua criada de la casa, que acababa de casarse con nuestro mayordomo.

» Alejéme tranquilo porque confiaba en la virtud de mi hija; empero la desgracia se habia posado sobre su frente y era inevitable su destino.

» Iré exponiendo los hechos conforme acontecieron, sin embargo de que muchos me fueron comunicados algun tiempo despues de la muerte de mi hija.

» Miéntas mi ausencia, que duró cerca de dos años, ignoro qué fatal casualidad hizo que don Álvaro de Peñaranda viese á Elisa en Villacotin, y se enamorase de ella. El caso fué, que la declaró su amor; y la inocente, juzgándole un jóven distinguido y honrado, no tuvo inconveniente en corresponderle, y mas cuando le amaba con todo el entusiasmo de la primera edad.

» Los amantes viéronse muchos dias, creciendo con el tiempo su mutua aficion. Todos los esfuerzos de don Álvaro y sus desesperadas tentativas, tenian por objeto seducir á Elisa; anhelo vano que se estrellaba contra la inexpugnable virtud de esta, la que desde un principio le mostró el camino de la iglesia, cual único y conveniente término á su amoroso deseo.

» Viendo que nada conseguía, la propuso por último casarse, á lo cual accedió Elisa con mucho gusto, imponiéndole ántes la condicion de que me escribiera pidiendo mi consentimiento para su enlace, lo cual prometió hacer, pero cuya carta no llegó nunca á mis manos. Mi hija sí lo hizo contándome sus amores, consultando mi voluntad y haciéndome ver la distinguida posicion que don Álvaro ocupaba en la corte como gentil-hombre del rey.

» Inmediatamente que recibí esta noticia, comencé á hacer indagaciones sobre la conducta y antecedentes de aquel hombre, preguntando á varios amigos

de mi confianza, y supe con asombro é indignacion los rumores que circulaban acerca de él, aunque nadie podia asegurarlo con certeza. Decíase que estaba casado en secreto con una dama de la reina, habiendo sido el fruto de aquel matrimonio clandestino un hermoso niño que se criaba en el extranjero.

» Saber esto y comunicárselo á mi hija, fué obra de un momento ; mas toda mi solicitud fué tardía, ya no llegué á tiempo de evitar la catástrofe.

» Mi inocente hija, confiando en la buena fe del hombre que amaba con extremo, no pensó en informarse, ni la hubiera sido posible hacerlo en el absoluto retiro en que vivia, siendo por su ciega credulidad víctima del engaño y la infamia.

» Una tarde se presentó don Álvaro muy triste, y manifestando la desesperacion mas amarga. Alarmada Elisa, le preguntó la causa de aquel súbito cambio, y por toda respuesta la enseñó una orden de destierro que acababa de recibir, en la cual se le intimaba abandonase la España en término de tres dias.

— » ¡ Oh ! ¿ qué has hecho ? exclamó mi hija ; ¿ quién ha influido en el ánimo de S. M. para hacerle tomar una determinacion semejante ?

— » Alguno de los muchos enemigos que envidian mi privanza, y el cariño con que se me ha mirado siempre en palacio.

— » ¿ Y qué haremos en tan crítica situacion ?

— » Casarnos inmediatamente.

— » Si aun no tenemos el consentimiento de mi padre.

— » Ni podemos esperarle. Yo solo puedo disponer de tres dias; un sacerdote que tengo prevenido nos desposará esta noche, y en cuanto arreglemos nuestros asuntos iremos á reunirnos con tu padre para recibir su bendicion y marchar al punto de mi destierro.

— » ¡ Una boda tan precipitada!.... ¿ y sin hacer las diligencias necesarias?...

— » Por eso no temas, he previsto este caso; y como mi mas ardiente anhelo es ser tu esposo, todo lo traigo corriente sin que falte, para que se verifique nuestro enlace ántes de dos horas, nada mas que tu consentimiento.

» Elisa vacilaba, su doler fué inmenso, y sin embargo, las sugerencias, los ruegos, ó no sé si diga el infernal artificio de don Álvaro, la hicieron ceder. No tuvo fuerzas para resistir, solo se mantuvo firme en la resolucion de que el virtuoso cura párroco de Villacotin presenciase la ceremonia sirviéndole de padre ya que se encontraba tan aislada y solitaria.

» Tampoco pudo tener efecto este deseo al que accedió don Álvaro de muy mala gana, porque el anciano cura no se hallaba en el pueblo en aquel momento.

— » ¡ Todas son contrariedades!... exclamó la infeliz rompiendo en un amargo llanto. Y con todo, se resignó al sacrificio quedando consumado el casamiento aquella misma noche á las diez.

» Se hizo con la mayor reserva, presenciando la ceremonia únicamente los criados de la casa, unos

amigos de don Álvaro, y el sacerdote que los casó y que ignoro si ejercia ó no tan sagrado ministerio, pues apenas extendió la partida de casamiento, que veréis adjunta, desapareció por encanto de Villacotin, no habiéndome sido posible hallarle en ninguna parte, ni tampoco á los que sirvieron de testigos por mas diligencias que he practicado.

» Tres dias vivió con Elisa en Villacotin, procurando ocultarse con el mayor esmero y sin salir á la calle ni un momento. En la madrugada del cuarto dia salió para Madrid con pretexto de recoger unos papeles interesantes y no volvió mas; se marchó al punto de su destierro con su primera y legitima esposa doña Blanca de Cambrero, cuyo clandestino casamiento habia descubierto el rey, siendo esta la causa de su destierro.

» Á poco de la partida de don Álvaro, recibió Elisa mi carta, y sumamente alarmada por el contenido de ella, dispuso trasladarse al instante á la corte, confiando en que su esposo se apresuraria á desvanecer lo que ella en su exaltacion y en el exceso de su cariño juzgaba infames calumnias. Empero la infeliz solo fué á adquirir la dolorosa certidumbre de su inmensa desgracia.

» Cuando se convenció de que aquel hombre, al que amaba con el mas ardiente delirio, la habia engañado infamemente abusando de su inocente confianza y de su ciega credulidad, no tuvo fuerzas para resistirlo y cayó en cama enferma de peligro. Por espacio de un mes, estuvo luchando con la muerte :

al fin venció su robusta naturaleza y se repuso, volviendo á la vida, mas no á la razon, que llegó á perder por completo.

» Á todo esto, yo pedí permiso á mis jefes para volver á Madrid ; pero la comision que estaba desempeñando era tan ardua y espinosa, que no me fué concedido hasta dejar evacuadas ciertas negociaciones en las que hube de emplear cerca de dos meses. Luego la angustia y la inquietud que pasé al saber las funestas noticias que se me comunicaron de Elisa, trastornaron mi salud en tales términos, que pasé muchos meses sin dar cuenta de mi persona.

» Por fin, cuando libre y desembarazado del todo pude volver á mi casa, habian trascurrido diez meses. Llegué transido de dolor, y en vez de hallar á la hermosa y cándida jóven que dejé llena de salud y de alegría, encontréme con su cadáver, lívido y marchito, y con una niña de un mes, triste fruto de su malhadado casamiento.

» Marta, que se habia encargado de lactarla, la puso en mis brazos, como el único recuerdo, como el tierno presente que la desgraciada Elisa legó á su padre en sus últimos momentos.

» Esta tierna niña es Clementina, ángel hermoso que con sus dulces caricias ha endulzado los amargos dias de mi triste ancianidad.

» Ahora bien, Alberto, ya que sabes los lazos sagrados que á ella te unen, procura borrar de tu alma esa pasion funesta, ámala como á una hermana, y serás en el mundo su sosten, su único amparo. Yo

en breve abandonaré esta tierra de llanto y de amarguras, y quedará sola, sin un protector sincero y generoso que la proteja contra las seducciones del mundo y las calamidades de la vida humana.

» Vuestro carácter noble y leal no se parece al de don Álvaro, habéis heredado las virtudes y la lealtad de doña Blanca de Cambrero; por eso confío en que seréis para Clementina un hermano respetuoso y fiel.

» Adios, Alberto; cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos con paternal cariño; pero si despues de esta revelacion aun se abriga en tu pecho la imágen de Clementina, huye para siempre, aléjate á un país extranjero donde hasta los recuerdos se borren de ese fatal episodio de vuestra existencia.

» GIL DEL MANZANAR. »

CAPÍTULO XXXI.

CURACION.

XII.

Cuando Tirso concluyó la lectura del manuscrito, se volvió á mirar al marqués y le encontró con la vista fija y las manos crispadas. El exceso de su dolor le hizo sufrir una contraccion nerviosa, que le acometia frecuentemente desde la fatal revelacion y que mas de cuatro veces puso en alarma á sus fieles servidores.

— ¡Señor! ¡señor!... ¡ Ah! ¡ bien decia yo que la lectura de este manuscrito acabará por asesinarle!... exclamó Tirso lanzándose fuera de la habitacion á llamar al ayuda de cámara.

— ¿Qué ocurre? preguntó acudiendo sobresaltado.

— ¡ Inmediatamente el médico! gritó el secretario.

— No hay necesidad, ya pasó, murmuró el enfermo con voz tan débil que apenas se percibia.

— Estáis padeciendo por vuestra causa : ciertas

cosas mas bien que tenerlas á la vista debiais replegarlas al olvido.

El marqués señaló á un frasquito de cristal que estaba sobre una mesita. Tirso, apresurándose á complacerle, vertió unas cuantas gotas del espumoso y dorado licor que contenia, en un vaso de agua y se lo presentó.

— ¡ Gracias ! murmuró Alberto devolviéndole el vaso vacío.

— ¿ Queréis mas ?

— ¡ Oh ! no.

— Esto os hace mucho bien.

— Ya lo sé.

— ¿ Y cómo os sentís ?

— Mejor.

Tirso arregló las ropas del lecho,

— ¡ Quiero estar solo ! le dijo al oído.

— Andres, puedes retirarte : te llamaré cuando hagas falta.

El criado inclinándose con respeto salió.

— Tú, quédate, murmuró el enfermo mas bien con un signo que con la voz.

— Creí que tambien os molestaria mi presencia.

— Al contrario, deseo hablarte.

— Mas provechoso os seria descansar ; ¿ queréis dormir un rato ?

— ¡ Ay ! el sueño hace muchos dias que huyó de mis ojos.

— Porque la exaltacion de vuestros pensamientos

y el continuo recuerdo de lo pasado, no os permiten dormir, ni recobrar la salud.

— En cuanto á la imaginacion, es imposible sujetarla, y la memoria con todos sus detalles de esa horrible desgracia que se ha posado sobre mi frente, quiero que no se borre nunca de mi alma.

— ¿Y si ese deseo envenena vuestra existencia?

— No lo creas; ántes apresura mi curacion.

— Vuestra curacion está en el olvido.

— Está en el recuerdo, porque hablo de la curacion moral, no de la fisica; esta le corresponde al médico.

— Ya comprendo.

— Cuanto mas sufro, me parece que amo ménos á Clementina.

— ¡ Vos dejar de amarla!

— Si, para cambiarse el entusiasta delirio del amante en fraternal cariño.

— ¿Y confiáis conseguirlo?

— ¡ Oh! es un triunfo que tengo casi asegurado.

— Dios lo quiera.

— ¡ Mira! me dice don Gil al final de su carta : « cuando te creas curado de tu amor, ven y te abriré mis brazos. » Por eso mi único anhelo es ir y decirle « aquí me tenéis, padre mio. »

La respiracion del enfermo iba haciéndose mas libre y su fisonomía se revistió de una expresion plácida y melancólica.

Sacó el retrato de Clementina de entre los almohadones y contemplándole con éxtasis exclamó :

— ¡Hermana mia!

— Sí, vuestra hermana; ¡y cuán ciegos hemos estado al no sospecharlo siquiera!

— ¡Y quién lo había de pensar!

— Cualquier observador al mirar detenidamente vuestros rostros, porque os parecéis en extremo.

— ¿No me engañas?

— No, señor; ya antes me ha hecho lues esta observacion, y ahora lo veo con claridad. El aire de familia, los ojos, la frente, y sobre todo la expresion de vuestra fisonomía es idéntica.

— Así no lo dudaré.

— ¿Lo habéis dudado acaso?

— ¡Oh! no; pero la razon humana es á veces demasiado ligera en sus juicios, y pudiera suceder. Y dime, Tirso, dijo variando el giro de la conversacion ¿qué harías tú en mi caso?

— ¿Qué pensáis hacer vos?

— Telo diré en dos palabras. Curarme de mi amor, y cuando lo haya conseguido, irme á Valle-Real y decir á Clementina: «hermana mia soy digno de la bendicion de nuestro padre y de tu fraternal afecto; ¿y tú admites al hermano olvidando al amante por completo?»

— Lo propio haria vuestro humilde servidor.

— ¿Luego apruebas mi pensamiento?

— ¡Cómo no aprobarle, si es tan noble!

— Gracias, amigo mio; tú me ayudarás á conseguir esta curacion penosa.

— Tendré en ello un vivo placer.

— Bien, ahora hablemos de ti. ¿Has sabido de Ines?

— Tengo carta todos los dias.

— Es preciso que pienses en tu casamiento.

— ¡Ah! señor, yo solo quiero pensar en vos y en vuestra felicidad.

— Es que desde hoy mi felicidad consiste en labrar la de los que me rodean; y ya que tu enlace no pueda verificarse cuando el mio, quiero se liaga cuanto antes para que Ines nos acompañe á Valle-Real y sea la dulce compañera de mi querida hermana.

— En ese caso disponedlo cuando gustéis.

— Voy á levantarme : me encuentro muy bien y escribiré á la señora Genoveva pidiéndole la mano de su hija y ofreciéndola al propio tiempo, como padrino que seré de la boda, un dote respetable, el cual me ayudará á vencer su oposicion ; ¿ no te parece?

— Lo que gustéis, señor : ¡ sois tan bueno para mí!.....

— ¡ Pues y tú ! ¿ en quién encontraria yo el afecto y la lealtad que en mi querido Tirso ?

— Cumplo con mi deber.

— Ó con los instintos de tu generoso corazon. En fin, déjame hacer, y ántes de ocho dias serás esposo de Ines.

Aquí cesó la conversacion de los dos interesantes y nobles jóvenes.

El marqués continuó animándose por grados al parecer ; su espíritu le engañaba ; empero la cruel enfermedad que padecia iba minando poco á poco su existencia.

Fiel siempre á su palabra y deseando que Tirso fuera feliz, dispuso todo lo necesario, y á los ocho dias justos de la conversacion que acabamos de referir, se celebraban en la capilla del palacio los desposorios de los venturosos jóvenes, que con la efusion del agradecimiento mas puro bendecian á su generoso protector.

La señora Genoveva lloraba de gozo abrazando á su nuevo hijo y casi arrepentida de la injusta oposicion que habia hecho á un enlace que hizo la dicha de su hija.

Dolores fingio tambien mucha alegría, la cual contrariaba la maligna expresion de su semblante y la torva mirada de sus pequeños ojos, en los que siempre se leía la envidia y el egoísmo.

Dos dias despues de la ceremonia, dijo el marqués á Tirso :

— Amigo mio, llegó el momento de la partida.

— ¿Y adónde vamos? ¿al extranjero?

— Á Valle-Real.

— ¿Luego estáis completamente curado?

— Ni raíz queda de mi funesta pasion.

— Entónces vamos cuando gustéis.

— Mañana al amanecer.

— Corriente.

El marqués parecia muy satisfecho de su resolucion ; empero las huellas de una muerte prematura estaban impresas en su rostro.

CAPÍTULO XXXII.

LA CARTA.

—

XIII.

Estamos otra vez, lectores míos, en la hermosa quinta de don Gil á las orillas del caudaloso y cristalino Tajo. Habian pasado los primeros meses del verano, y en los últimos dias de agosto en que volvemos á visitar tan amenos parajes, ya no ofrecen sus campos la magnífica alfombra de verdor, ni estan risueño como en mayo su florido aspecto, hallándose agostada la vegetacion por un sol canicular y terminada casi de un todo la recoleccion de cereales.

Serian las seis de la mañana, y ya en casa de don Gil es notaban las continuas salidas y entradas de los criados, preparándose á sus faenas domésticas.

El anciano ocupaba un ancho sillón de baqueta que habia mandado colocar debajo del emparrado, desde cuyo sitio presenciaba todas las operaciones y

examinaba con cuidadoso interes un grupo que escondido entre el follaje distinguíase á la derecha de la quinta.

Mucho debió afectarle la inmensa desgracia que abrumó de nuevo su cabeza, pues su rostro, notablemente pálido y enflaquecido, demostraba las huellas de un pesar desgarrador; su pesadez, lo tardo de sus movimientos y lo encorvado de su cuerpo, denotaban que habian hecho en su noble ánimo mas impresion los disgustos y la desventura de su nieta que los años con su marcado y lento paso.

La pobre Clementina seguía loca; habíala abandonado la razon en un momento de exaltacion nerviosa ocasionada por un golpe terrible, y aunque don Gil hizo ir á Villacotin los mejores médicos de la corte, no consiguieron devolvérsela, siendo la ciencia ineficaz para salvar á la inefeliz jóven. Opinaron, sin embargo, que acaso con el tiempo volveria á la razon, ó quizá llegando á sentir otra sacudida tan fuerte como la que ocasionó su trastorno.

Entónces y perdiendo completamente la esperanza, se retiró con la pobre Clementina á Valle-Real, abrigando quizá la remota idea de que si en aquellos valles donde habia sido tan feliz no encontraba una completa curacion, hallaria un alivio por lo ménos. Y no se engañó en su juicio; pues Clementina, desde que se trasladaron á la ribera, no volvió á sentir los frenéticos y desesperados accesos que la acometieron en Villacotin, regenerando su locura en una monomanía pacífica y tranquila, pero en extremo dolorosa

para los que estaban á su lado viendo continuamente aquel delirio y aquel constante extravio de su razon.

Escuchemos la conversacion de don Gil con el mayordomo, y nos enterarán mas minuciosamente de la triste situacion de unos y de otros.

— Mira, Pedro, ven ; me apoyaré en ti.

— ¿No estáis, bien, señor? dijo el marido de Marta aproximándose.

— Sí; pero quiero contemplar de cerca á la infeliz.

— Ahora está tranquila, desde aquí se la ve sentada á la sombra de aquel árbol, tejiendo como siempre sus coronas de siemprevivas.

— ¡Es mucha manía! ¡Cuántas coronas tendrá hechas desde que vinimos!...

— ¡Y qué queréis! mas vale que se ocupe en eso; y no es poca la mejoría que hemos conseguido; siquiera no la vemos furiosa y con aquellos accesos que la acometian dejándola por fin sin fuerzas para sostenerse.

— Tienes razon; mas tambien es doloroso ver que no me conoce ni recuerda nada de vosotros, ni de estos sitios; dominada por una idea única, solo en ella piensa y no hay otros objetos que la puedan distraer.

— De su desgraciada madre tampoco se olvida; siempre la está nombrando, y de las coronas que teje, tiene buen cuidado de separar una todos los dias para colocarla en su sepulcro.

— ¡Y todas las demas para Alberto!... ¡siempre Alberto!.....

— Se ha fijado en esa idea y es la base de su locura; cuando escuchó que eran hermanos, debió comprender que habia muerto para ella, y al sufrir el trastorno mental lo tradujo porque habia muerto para el mundo tambien, y no será posible hacerla comprender otra cosa.

— ¿Y dime, qué se sabe del marqués?

— Todos los dias veo á su mayordomo y da muy pocas esperanzas; dicen que está animado y alegre á veces, pero su palidez y su salud cada dia van decayendo mas y mas. Acaba de ser padrino de la boda de su secretario y se ha mostrado al parecer muy satisfecho. Y á propósito, ahora que hablamos de él, por allí viene su mayordomo.

— ¡Es verdad! y se dirige hácia aquí.

— Acaso me busque, voy á ver, dijo Pedro saliéndole al encuentro.

Á poco rato llegaron ambos á la presencia de don Gil.

— Muy buenos dias, señor don Gil, ¿cómo vá?

— ¡Hola! Remigio, cómo por aquí? le contestó el anciano despues de haber correspondido á su atento saludo.

— Sí, señor, vengo á informarme de la salud de la señorita, de la vuestra, y á traer esta carta de mi amo.

— ¡La señorita sigue lo mismo! á veces está los dias enteros tejiendo coronas, ó sentada sobre la arena escribiendo un nombre que borra y vuelve á poner millones de veces, sin hallar ni un solo momento monotonía en su ocupacion.

— ¿Y vos cómo os encontráis?

— Yo cada día peor : voy perdiendo las fuerzas y la agilidad ; hace dos meses á nadie necesitaba para manejarme, y hoy no puedo moverme sin el auxilio de un baston y del brazo de Pedro. ¡ Cómo ha de ser ! ¡ sufrimientos de la vida humana !

— Tambien tenéis mucha edad.

— Sí, es cierto ; pero en mí han hecho mas mella los disgustos que los años.

— Pues la salud del marqués, no creo sea muy buena, sin embargo parece que está muy alegre y espera restablecerse respirando estos aires.

— ¿ Luego se ha decidido á venir ?

— Sí, señor, le esperamos de un momento á otro ; en esta carta os lo dirá.

— Voy á leerla, dijo don Gil abriéndola y poniéndose las gafas.

Hé aquí su contenido :

« Padre mio : al daros este dulce nombre comprenderéis que soy digno de vuestro paternal cariño, y del fraternal afecto de mi hermana. ¡ Oh ! sí, creedlo ; una lucha atroz ha sostenido mi débil naturaleza, y por fin conseguí salir triunfante, teniendo el inmenso placer de haber visto trasformarse mi delirante pasion en un afecto puro, dulce, y tranquilo como el tenue suspiro de las brisas matinales.

» En este convencimiento voy á Valle-Real á pasar mis dias á vuestro lado, esperando que segun vuestra

oferta recibiréis con los brazos abiertos á vuestro afectísimo hijo

» ALBERTO. »

El anciano, conmovido en extremo, cerró la carta, y con un acento en el que se traslucía su viva emoción preguntó á Remigio :

— ¿Y decís que su salud no es muy buena?

— Por lo ménos los médicos no dan esperanza.

— ¡Infeliz! murmuró el anciano enjugándose una lágrima. ¡Acaso en esto que llama triunfo haya gastado todas sus fuerzas y le cueste la vida!...

Remigio, despidiéndose de don Gil, pidió permiso para ir á saludar á Clementina, el que le fué otorgado sin inconveniente.

Cuando quedaron solos, dijo el anciano á Pedro :

— El marqués vendrá esta tarde y es preciso preparar á Clementina. Los médicos me dijeron que quizá una emoción tan fuerte como la que sufrió al perder la razón, se la devuelva; veremos si la presencia de Alberto obra este milagro. En cuanto á su pasión, nada debemos temer; él viene curado y ella siempre está nombrándole hermano sin acordarse de sus amores y conservando fija la idea de su sagrado é íntimo parentesco.

— Como que hirió su corazón hasta el extremo de trastornarla.

— Vamos, Pedro, ayúdame; iremos preparando el terreno: luego convinaremos con Alberto el medio

de proporcionar su entrevista de la manera mas conveniente y que le produzca mas efecto.

— No os incomodéis, señor; Clementina viene hácia aquí con Marta, dijo Pedro haciendo sentar nuevamente al anciano.

La anciana y fiel nodriza seguía á la jóven con amarga tristeza, y de vez en cuando enjugaba con la punta de su delantal una lágrima furtiva pronta à rodar á lo largo de su mejilla.

Clementina la sorprendió en uno de estos movimientos, y volviéndose hácia ella exclamó :

— ¿Por qué lloras ?

— Por que te quiero mucho, hija mia.

— ¿Y quién eres tú para quererme á mí ?

— ¿Soy Marta ; no me conoces ?

— No; todos pretenden engañarme, ninguna de las personas que me amaban están á mi lado, huyeron tras de mi abuelo, amedrentadas sin duda por el estruendo de esa perenne tempestad que ruge sobre mi cabeza.

Marta volvió á enjugar otra lágrima.

En tanto la pobre loca, vestida de blanco, con los cabellos en desórden, se fué acercando al emparrado.

CAPÍTULO XXXIII.

DEMENCIA.

XIV.

No es ya Clementina aquella hermosa y esbelta jóven que hemos conocido junto al árbol de la esperanza. Volvemos á verla apénas trascurridos tres meses en un estado lamentable y desconsolador. Es solamente la sombra de aquella mujer seductora. Pálida, demacrada y tan flaca, que da lástima verla; su tez parece de nácar, resaltando solo en su movible fisonomía sus hermosos ojos negros y rasgados, que léjos de perder su fulgor han adquirido un brillo febril y una expresion particular que demuestra la terrible enfermedad que abate á la desgraciada jóven.

La palidez de su cútis se confunde con la blancura de su larga túnica de batista que lleva ceñida á la cintura con una cinta de raso azul. Los flotantes rizos de sus cabellos caen en desórden por la espalda,

y agitados suavemente por la brisa tocan á veces aquella frente abrasadora que se inclina agobiada bajo el peso de un pensamiento cruel.

— ¡Clementina! hija mia, ¿dónde vas? dijo el anciano con melancólico tono viendo que pasaba á su lado sin detenerse.

— ¿Quién eres tú? ¿á qué me llamas? Voy á buscar unas cintas para concluir estas coronas.

— Siéntate aquí, y hablaremos.

— ¡Oh! no; la hora sonará y debo llevarlas terminadas al sepulcro de Alberto y al de mi madre.

— No importa, Clementina, siéntate, yo traeré cintas, dijo Marta, comprendiendo una seña de don Gil.

Pedro la presentó una silla.

— Siempre os empeñáis en contrariar mis deseos; sin duda mi abuelo, resentido por mi desobediencia, os ha puesto á mi lado con encargo de atormentarme.

— ¡No digas eso, hija mia! tu abuelo te ama con delirio y solo desea tu bien, exclamó don Gil enjugando una lágrima.

— Tú no habrás conocido á mi abuelo. ¡Ah! ¡era tan severo!... tan inexorable... ¡yo le hubiera dicho, quiero á mi Alberto!... pero no podia!... su mirada imponente me aterraba... entónces eché á correr con Ines, íbamos por el campo, los relámpagos iluminaban el camino... los truenos causaban en los aires una confusa armonía. ¡Ay! de repente una voz que debió salir de entre las densas nubes nos gritó: ¡Sois hermanos!... ¡hermanos!... repetian los ecos y las

montañas ; ¡ hermanos ! gritaron nuestros labios con terror . ¡ Alberto se llevó las manos al pecho, un rayo de la tempestad debió herirle, porque murió sin decirme adios !... ¡ ya no me amaba !... ¡ y yo á él sí, era mi hermano, y yo pobre huérfana solitaria en el mundo me así á tan dulce y fraternal afecto y le quiero como á mi madre... á los dos les llevo coronas y ellos en el cielo ruegan á Dios por la triste Clementina !...

— Pero no has llorado por su muerte, nunca he visto lágrimas en tus ojos, dijo don Gil conociendo cuán benéfico sería para ella un llanto copioso.

— ¡ Llorar ! ¡ ay ! ¡ si no puedo !... ¡ parece que mi corazón se ha petrificado y nada siento !...

— ¡ Infeliz ! murmuró el anciano ; luego cogiendo las manos de la pobre demente y atrayéndola hácia sí exclamó : ¿ Y quisieras ver junto á ti á tu abuelo y á tu hermano ?...

— ¡ Ay ! ¡ si quisiera ! pero ofendí tanto á mi buen abuelo, que irritado contra mí marchó para no volverme á ver jamas, no vuelve, ni quiere perdonar mi crimen.

— Sí, te perdona y te ama.

— ¡ Me ama ! ¡ y no viene !...

— Vendrá muy pronto con Alberto.

— ¡ Con Alberto. !

— Sí, Dios en su infinita bondad ha permitido que no muera ; viene á verte como un hermano cariñoso, y para mas consuelo te trae el perdón y las caricias de tu abuelo.

— ¿ No me engañas ?

— ¡Engañarte! no por cierto.

— ¿Y cuando vendrán?...

— Esta noche te aguardan en la ermita, con Tirso y con tu amiga Ines.

— Pues no llevo las coronas hasta luego; mira, guárdamelas en una caja.

— Bien, traélas y vente conmigo á descansar un rato; ¿quieres? dijo Marta.

— ¡Descansar! ¿y para qué?

— Porque el sueño fortifica los sentidos y devuelve á las mejillas el sonrosado color de la juventud; tú estás pálida, y debes dormir para que Alberto te encuentre hermosa.

— Tienes razon; yo quisiera dormir y no puedo, lo mismo que las lágrimas, el sueño huye de mis ojos; ¿y sabes por qué es?

— ¡Dímelo!...

— Porque la tempestad ruge sobre mi cabeza y me espanta... ¿oyes el ruido del trueno?... ¡ay! ven, ven... me estremezco... y el cárdeno fulgor de los relámpagos hiere la vista... ven... vámonos...

Cubriéndose la cara con las manos, y como si realmente oyese la tempestad, echó á correr la desgraciada escondiéndose en su habitacion con las ventanas cerradas donde permaneció casi todo el dia silenciosa y triste.

Don Gil, apenas le anunciaron la llegada del marqués, se trasladó en su carruaje al palacio de Valle-Real. La entrevista fué tierna y sentida, y en extremo afectuosa por parte de ambos, esforzándose uno y

otro en demostrar sus sentimientos, y acordando por último el modo de causar un efecto grande en Clementina, á ver si hiriendo su imaginacion de una manera impresionable y fuerte conseguían volverla á la razon.

El noble anciano, despues de unas cuantas horas que pasó cerca del marqués, se retiró á su casa con la dulce y consoladora esperanza de salvar á su nieta, y con el corazon traspasado, porque en el pálido y macilento rostro de Alberto, vió impresas las terribles huellas de una enfermedad incurable, y adivinó que tras aquella forzada sonrisa escondia la muerte su iracundo y torvo ceño.

— ¡Tan jóven y morir! murmuró don Gil con dolorido acento cuando en camino ya de su quinta se halló solo con Pedro.

— ¿Tan malo le encontráis?

— Sí, Pedro; ese infeliz vivirá solamente lo que las hojas en los árboles. Mira, ya todos esos arbustos que guarnecen la ribera medio agostados por un sol estival, en breve los aquilones de otoño arrastrarán seca y marchita su pomposa hojarasca; entónces tambien el cierzo helado de la inexorable parca llevará en pos de sí el vital aliento del noble jóven, poco hace tan gallardo y animoso.

— ¡Infeliz! murmuró el mayordomo condolido; y ambos bajando la cabeza con amarga melancolia penetraron en la florida y risueña quinta.

Marta llorando les salió al encuentro.

— ¿Qué hay? preguntó don Gil.

— ¡ Oh Dios mio ! no puedo con ella, permanece escondida en el rincon mas oscuro de su cuarto, siendo inútiles mis esfuerzos para hacerla tomar algun alimento.

— ¿ Y habla de la venida de Alberto ?

— Son las únicas palabras que la oigo pronunciar; dice que está rezando para que su hermano y su abuelo vuelvan pronto, y perdonándola, hagan alejar esos horribles truenos que la acongojan y amedrentan.

— ¡ Oh ! pues nos hemos salvado ; haz que siga alimentando esa idea, y esta noche apenas las primeras sombras comiencen á enlutar los campos, la lleváis á la ermita de Villaverde ; allí estaré yo con el marqués.

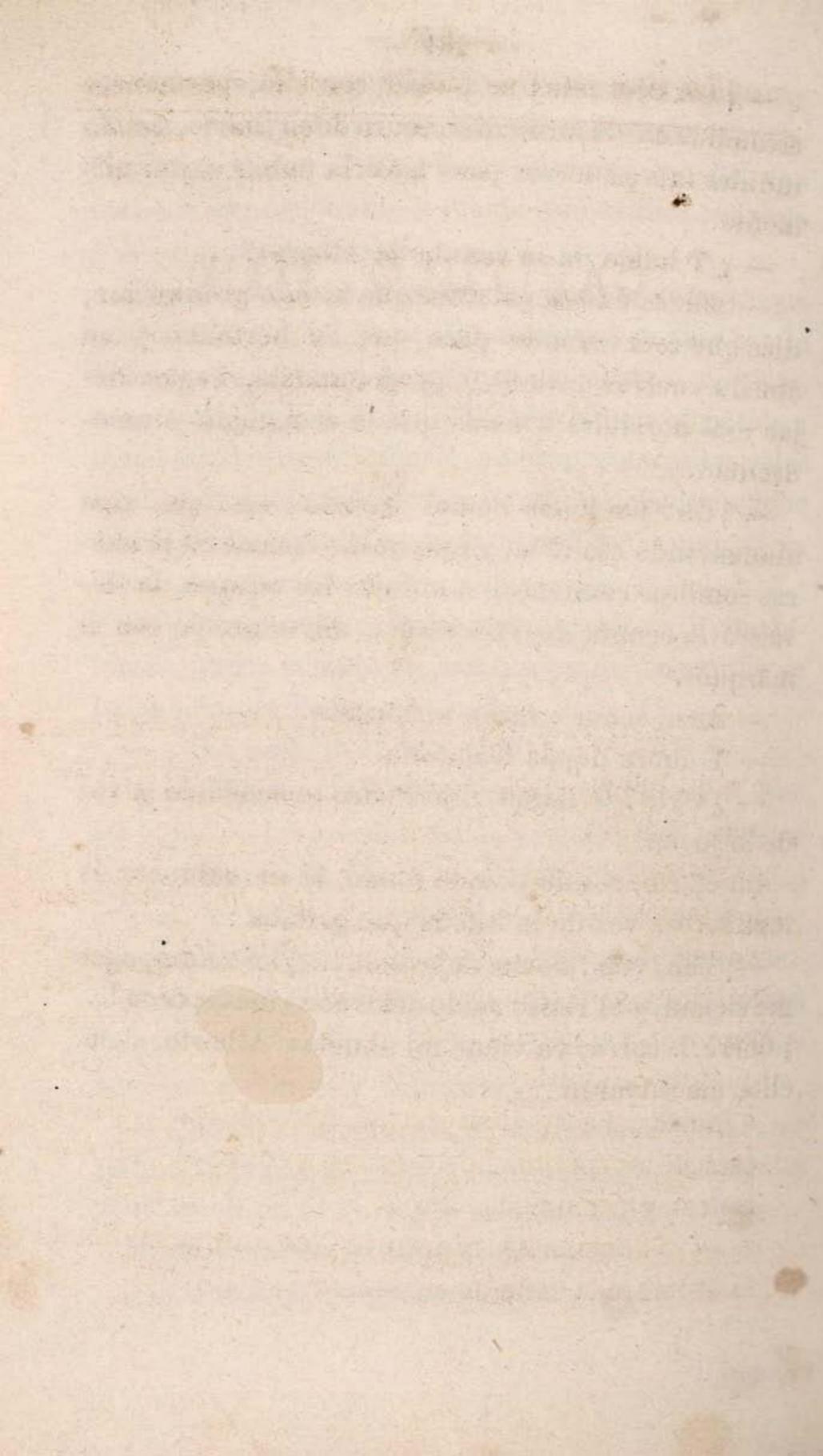
— Bien, señor : seréis obedecido.

— Y ahora déjala tranquila.

— ¿ Oyes ? te llama, dijo Pedro escuchando la voz de la jóven.

En efecto, sentíase en el fondo de un gabinete la temblorosa voz de la infeliz que gritaba :

— ¡ Ven, ven : no me dejes sola !... ¡ los relámpagos me ciegan, y el ronco ruido del trueno me espanta !... ¡ Corre... corre, ya viene mi abuelo y Alberto, sí, sí, ellos me salvarán !...



CAPÍTULO XXXIV

SALVACION Y MUERTE.

—

XV.

La ermita de Villaverde hallóse adornada de flores y multitud de luces al anochecer del día en que debían verse los dos hermanos.

Várias personas se ocultaban en uno de sus ángulos, aguardando la llegada de otras que no debían tardar. Con efecto, el ruido de un coche se sintió á lo léjos y poco despues Clementina, asida del brazo de un jóven y entendido médico que acompañó al marqués desde Madrid, penetró en el pórtico del santuario.

Marta y Pedro iban detras llevando en graciosos canastillos infinidad de coronas y enormes ramos de frescas y perfumadas flores.

— ¡No hay nadie! murmuró Clementina tendiendo la asombrada vista en su derredor.

— Es temprano ; no tardarán en venir, la dijo el médico ; ¿ queréis orar entre tanto ?

— Sí, pero tengo miedo.

— ¿ De qué ?

— De la tempestad que ruge en lontananza.

— Si está el cielo sereno y no empaña el brillo de las estrellas la mas pequeña nube ; ¿ no lo habéis visto ?

— ¿ No sentís el ruido ?

— Es que vuestra exaltada fantasía confunde el rumor de un carruaje que se acerca con el estridente y prolongado del trueno.

— ¿ Luego lo que escucho es el coche de Alberto ?

— Tal creo.

— ¡ Oh ! corramos á su encuentro.

— Deteneos.

— Pero si mi corazon y mi alma vuelan hácia ellos.

— Y si salís al campo no los vais á conocer con la oscuridad de la noche.

— ¡ Os enganáis ! ¡ tengo tan grabadas sus facciones !...

— Lo creo ; mas han cambiado mucho desde que no los veis. Alberto y vuestro abuelo tan hecho un largo viaje, y vuelven enfermos, muy enfermos.

— ¿ Y no los conoceré ?

— ¡ Su palidez y demacracion es tan intensa, que os costará trabajo recordar sus facciones de otros dias !...

— ¡ Oh madre mia ! exclamó Clementina arrodillándose ante el sepulcro de su madre.

Sentíase ahogada por una viva emoción ; el médico lo conoció y la dijo :

— ¿ Os sentís mal ? ¿ juzgáis haber causado la enfermedad de Alberto y de vuestro abuelo ?

— ¡ Tengo pena !... y quiero que me perdone.

— Sí, os perdonará ; don Gil os ama, y ha sufrido mucho : le contemplaréis encorvado por el peso de sus padecimientos ; Alberto, aunque enfermo y pálido también, le sirve de báculo y le sostiene ; de esta manera ocupa vuestro lugar y cumple por vos uno de los deberes que debíais desempeñar.

Á una seña del doctor, Marta se precipitó gritando hácia Clementina :

— ¡ Ya están aquí !... están aquí, hija mia ; miralos, Alberto y el abuelo.

Al propio tiempo se sintió un ruido sordo.

El médico exclamó con voz vibrante :

— Miradlos ; la tempestad os los arrebató, y la tempestad los vuelve á vuestros brazos.

Clementina, con la vista fija y los brazos extendidos, se quedó extática ante la aparición de Alberto y de don Gil que, acompañados de Ines y de Tirso, formaban un grupo que iluminaba de lleno la esplendente luz de cien bujías.

— Ellos son, ¿ los reconoces ?

Empero Clementina no pudo sufrir tan fuerte sensación, y sin contestar al médico, cayó en sus brazos desmayada.

— ¡ La hemos asesinado ! gritó don Gil precipitándose hácia ella.

— De esta prueba debia resultar su salvacion ó su muerte, dijo el médico, aun no sabemos lo que acontecerá.

En seguida, vertiendo el licor que contenia un frasquito de cristal en los labios de Clementina, hizo que la abrigasen bien trasladándola con el mayor cuidado al carruaje.

Cuando se volvieron á buscar á Alberto, halláronle oprimiéndose el pecho con las manos y con la calma de la muerte en su al parecer sereno semblante.

— ¿Os sentís mal? le preguntaron.

— ¡Estoy bien : llevadme, quiero acompañar á mi hermana !... murmuró con voz débil.

Un golpe de tos le impidió seguir hablando, se llevó el pañuelo á la boca y le retiró manchado de sangre.

.
.

Al amanecer del siguiente dia, un cuadro tristisimo contemplábase en una de las habitaciones de la casa de don Gil.

Sin embargo de que la tenue luz de la alborada penetraba por las entreabiertas maderas del balcon, hallábase iluminado el aposento por la brillante luz de ocho bujías colocadas en candeleros de plata.

En un divan forrado de raso azul, estaba Clementina, que aun no habia vuelto de su desmayo. En frente y en un sillón, hallábase Alberto, pálido, cadavérico, y con los ojos animados de un brillo febril como si en ellos se hubiese concentrado todo el calor

de su existencia. Su mirada no se apartaba un solo instante del nacarado rostro de Clementina, como aguardando con ansia el momento en que despertase de tan profundo letargo.

Marta, Tirso é Ines rodeaban á los jóvenes, y el médico acudia de uno á otro volviendo á cada momento á la alcoba, donde sobre un blanco y suntuoso lecho se encontraba el anciano don Gil.

Al salir de la ermita fué acometido de un accidente, perdió el conocimiento y no daba esperanzas de vida.

Un sacerdote murmuraba á su lado y en voz baja las oraciones de los agonizantes.

— Señor doctor, el pulso de Clementina late con mas violencia, dijo Ines que tenia entre las suyas una mano de su inanimada amiga.

El médico acudió al momento, se sentó en el divan, hizo incorporar á la enferma, y sosteniéndola entre los dos, aplicó á su nariz una esencia que debia ser fuertísima, porque inmediatamente abrió los ojos fijándolos con asombro en su derredor.

Su primera mirada se clavó con escrutadora insistencia en Alberto ; este, queriendo quizá fascinarla con el magnetismo de la suya, la sostuvo algunos segundos.

En aquel instante el hermoso semblante de Clementina se iluminó con la luz de la razon, las ideas acudieron á su mente y recordando lo pasado exclamó tendiendo los brazos :

— ¡ Ah ! ¡ no era un sueño !... ¿ eres tú, Alberto ?...

— Yo soy, hermana mia.

— ¡ Ah ! ¡ Dios mio, Dios mio ! gritó la jóven ahogada por los sollozos y rompiendo en un llanto copiosísimo y bienhechor.

— ¡ Está salvada ! gritó el médico.

— Llorá, querida mia, llorá en mi seno, repusó Ines con indecible ternura.

— ¡ Tú también, mi querida Ines !

— ¿ Me reconoces ?

— Sí, sí ; ¡ y a Marta y á Pedro !... gritó sin dejar de llorar y estrechando á todos con efusion.

Las puertas del dormitorio se abrieron y el sacerdote dijo desde el umbral :

— Don Gil ha oído el grito de su nieta y quiere bendecirla.

— ¡ Mi abuelo ! gritó la jóven precipitándose á la alcoba seguida de los circunstantes.

Alberto apoyándose en Tirso también se acercó al lecho funerario.

Don Gil estaba en la agonía ; aunque habia perdido la facultad de hablar, la elocuencia de su mirada y el expresivo movimiento de su mano, demostró que conservaba los demas sentidos en toda su lucidez.

Clementina y Alberto se acercaron, y poniéndose de rodillas, sintieron la helada mano del moribundo sobre su cabeza ; era su postrera bendición que quiso articular su labio, pero del cual solo salió un sonido inarticulado y ronco, al que siguió el estertor de la agonía.

Poco despues señalaba al cielo con la mano, y besando con fervor un crucifijo exhaló el último suspiro.

Clementina, predispuesta á llorar, siguió derramando un llanto copiosísimo, que fué para su oprimido corazón un rocío benéfico, fué el bálsamo salvador que la iluminó su mente con la espléndida luz de la razón.



CAPÍTULO XXXV.

EPÍLOGO.

I.

Apénas trascurrido un mes del fallecimiento de don Gil, hallábase en una estancia del palacio de Valle-Real, el jóven y moribundo marqués, rodeado de su triste hermana y de sus leales amigos.

Las brisas de octubre comenzaban á despejar los arbustos de su pomposa hojarasca, que formando caprichosos giros alfombraban el valle, concluyendo por caer en el rio y siendo arrebatadas por su rápida y espumosa corriente.

Estaba el sol próximo á ocultar su luminoso disco en occidente ; sus últimos y pálidos destellos vertian

una luz diáfana y melancólica en el tapizado aposento del enfermo.

Tristísimo era el cuadro que se ofrecia á los ojos del espectador y amargo y cruel debió ser para Clementina que presenciaba impasible aquella agonía lenta y prolongada, aquel dulce gemido del infeliz Alberto, que poco á poco y con la santa resignacion del buen cristiano, iba perdiendo los contados instantes de su preciosa existencia.

Para mas comodidad, habíanle colocado en un sillón donde, rodeado de almohadas descansaba mucho mejor que en el lecho.

Ines, arrodillada á sus piés, le presentaba una hermosa imágen de la Virgen, y recitaba en voz baja una plegaria, que Alberto con la mas pura contriccion repetia con dulzura.

Clementina, con las manos unidas, el cabello tendido sobre la espalda y la mirada brillante, contemplaba á su hermano con impasible calma, y se resistia á los esfuerzos del médico y de Tirso que pugnaban por llevársela á otra habitacion, conociendo que al marqués le restaban pocos momentos de vida.

— ¡ Oh ! no ; dejadme aquí.

— Señora, salid ; os lo rogamos.

— Nunca, Tirso ; prometo permanecer á su lado hasta recoger su último suspiro.

— Esa resolucion puede alterar vuestra salud.

— No lo creas ; yo de todos modos le seguiré muy en breve á la tumba.

Aunque estas frases se pronunciában en voz baja

y en un extremo de la habitacion, no dejó el perspicaz oído del enfermo de percibir alguna, por lo cual comprendió de lo que trataban sus amigos.

— ¡Clementina! murmuró con apagado acento.

— ¡Hermano mio! aquí estoy.

— Deseo que te retires á descansar; tanta fatiga te hará daño.

— ¡Oh! no; mi único anhelo es permanecer cerca de ti.

— ¿Pero sabes el destino que me aguarda?

— Sea el que quiera, me tendrás á tu lado cumpliendo mis deberes de hermana.

— Sea, pues; mas no olvides que voy á morir.

— No pienses en eso.

— Sí, hermana mia; ya siento en mi pecho el estertor de esta agonía que estoy sufriendo hace un mes, y el frio de la muerte penetra hasta la médula de mis huesos. Dáme la mano, y no te asuste su helado contacto.

Clementina, arrodillándose junto á Ines, asió las manos de Alberto; gruesas lágrimas rodaron á lo largo de sus mejillas.

— Lloro, hermana mia, lloro; el llanto dulcifica los mas acerbos dolores, y yo quiero que desahogues tu pena, que te consueles, y despues, que seas feliz en este mundo. Solo te pido un recuerdo: que cubras alguna vez de flores mi triste tumba, ¿me lo prometes?

— ¡Oh! sí; dedicaré las mañanas á la oracion ro-

gando por ti, por mi madre y por mi abuelo ; las tardes las emplearé en llevar coronas á vuestros sepulcros.

— ! Reza tambien por nuestro padre !...

— Rezaré para que Dios le perdone el mal que hizo á mi desgraciada madre.

Alberto habia hecho un penoso esfuerzo por hablar, y dobló abatido la cabeza sobre el pecho ; así permaneció algunos instantes, luego se retuvo y continuó dirigiendo á todos las frases mas dulces y consoladoras.

No perdió ni un solo momento sus facultades, y cuando apoyando la frente en el hombro de su hermana rindió su espíritu al Señor, todos le creyeron dormido.

La tranquilidad y la hermosa paz del que muere con la conciencia del justo, se retrató en sus facciones.

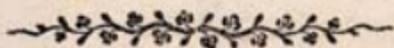
Con el último fulgor del vespertino crepúsculo, voló su alma á la mansion eterna.

Las aves de la selva la despidieron con su concierto, el rio con su láguido murmurio, y las brisas de la tarde con su plácido rumor.

Sus amigos lloraron en silencio, elevando al cielo fervientes preces por el eterno descanso de su alma.

Clementina sufrió aquel tremendo golpe con la resignacion mas evangélica ; lloró en silencio y no se apartó del cadáver de su hermano hasta que hubo cumplido para con él todos los deberes que la religion prescribe.

Todos la creyeron completamente curada, atreviéndose á presagiarla un porvenir risueño; empero aquella calma era la mensajera de la muerte. La desdichada jóven estaba herida en el corazon, y su triste vida no podia prolongarse mucho tiempo.



CONCLUSION

II.

Dos años despues de la muerte del marqués y en una fresca y apacible tarde de Octubre, hallábanse en el palacio de Valle-Real casi todas las personas que amaban á Clementina.

Ines y Tirso, llevando de la mano un hermoso niño, dulce fruto con que el Señor habia coronado su himeneo, se paseaban á lo largo de una calle de rosales, sosteniendo una animada conversacion.

Marta y Pedro los seguían á una distancia regular. En las gruesas facciones de los leales criados, veíase impresa la mas profunda tristeza.

— ¡ Ay, querido Pedro ! decia Marta llorando, tambien ella nos abandona.

— No puede ménos de morir ; la vida que hace, no es para durar muchos años.

— ¡ Pobrecita ! de dia en dia se la ve palidecer, y desde que no llora he visto adquirir á sus facciones una expresion que no tenian.

— Ella con la resignacion de una santa habla de su muerte, y se manifiesta satisfecha.

— Sí, y es mucho su valor ; ayer nos decia á doña Ines y á mí : « Quiero que el dia de mi muerte me pongáis este traje blanco y esta corona de flores. »

— ¿ No es el que lleva puesto ?

— Sí, por un capricho singular me le pidió esta tarde ; yo me admiré viendo que se lo ponía, y preguntándola dónde iba, me contestó :

— ¿ Al panteon ; no lo sabes ? voy á rezar como siempre.

La conversacion de Ines y Tirso, aunque comenzó de otra manera, llegó á tomar el mismo giro que la de Marta y Pedro. Oígamos lo mas interesante para nuestra narracion.

— ¿ Y qué piensas hacer de tu pobre madre ? dijo Tirso á su esposa.

— Yo por mi gusto, y si tu apruebas mi pensamiento, la haré venir á nuestro lado. Gracias á Dios con la bonita y saneada hacienda que el marqués nos cedió como regalo de boda, podemos ofrecerla una existencia independiente, cómoda y tranquila.

— Sí, querida mia ; hazla venir, su ancianidad necesita el amparo de nuestro cariño, y al lado de Dolores solo tendrá disgustos, porque el perverso ca-

rácter de esta hija desnaturalizada no puede proporcionarla ningun momento de felicidad.

— El caso es que se vendrá ella tambien.

— No importa ; yo haré que nos respete, y ó tendrá que reprimir su envidia y sus malos instintos, ó sufrir el desprecio de todos.

— Quiera Dios que se enmiende ; si esto no sucede, preveo un fin funesto para la desgraciada.

— ¡ Mamá, sentar, sentar aquí!.. gritó el niño con su balbuciente idioma infantil, y haciendo con esto variar de giro la conversacion que sostenian los padres.

— Sí, hijo mio, nos sentaremos ; y precisamente has elegido el mejor sitio ; desde aquí vemos el panteon y no perdemos de vista á Clementina.

— ¿ Y sabes que su rezo dura esta tarde mucho tiempo ? dijo Tirso.

— Es verdad ; hace mas de dos horas que bajó. ¡ Ah ! yo preveo una catástrofe ; no puede vivir con semejante vida, es imposible. Cuidado, que se necesita mucha constancia y un temple de alma como el suyo, para alimentar dia por dia ese dolor grave, inmenso, pero tan resignado, tan melancólico, que no admite lenitivo ni consuelo de ninguna clase.

— Hubiera sido mejor verla loca que sufriendo ese padecimiento prolongado y continuo que va minando su existencia, su salud, y robando el color á sus mejillas y la animacion á sus ojos.

— Pobrecilla ! cualquiera al verla diria que es la sombra nada mas de aquella jóven tan esbelta y gallarda en otro tiempo.

Clementina, en tanto que sus amigos la aguardaban en el jardín, se dirigió al panteón de la ilustre familia de Villa-Real, en el cual, por disposición de Alberto, se habían depositado los restos mortales de don Gil, los de la desgraciada Elisa, madre de Clementina, y después los suyos.

Desde que la noble y desdichada niña quedó sola en el mundo, acudía todas las tardes, y ante los sepulcros de los tres oraba largo rato, dejándolos adornados de frescas y perfumadas flores.

Hallábase iluminado el panteón por la trémula luz de una lámpara de plata, y por el tibio resplandor de los últimos rayos del crepúsculo.

La vaporosa figura de Clementina dibujábase aérea y fantástica entre la multitud de flores que tenía cerca de sí, para ir las colocando por su orden en las losas funerarias.

De rodillas, con las manos unidas, con los ojos elevados al cielo en actitud suplicante, murmuraban sus labios una tiernísima plegaria.

Calló un momento; luego, sintiendo en el corazón un dolor agudísimo, exclamó :

— ¡Oh Dios mio! Voy á morir; siento el frío de la muerte circular por mis venas y conozco que mis días están cumplidos sobre la tierra.

¡Perdon, Dios mio! no he tenido fuerzas para calmar este inmenso dolor que por espacio de dos años ha ido destruyendo mi débil naturaleza y me conduce á la tumba.

¡El mundo con su pompa y su grandeza fué para

mi un páramo desierto!... La felicidad ¡ay! no la encontró mi triste corazón; corrí tras ella y cual una fantástica sombra se alejó de mí, dejándome únicamente el llanto, la soledad, y el desconsuelo. ¡Felicidad! nombre vano en la tierra; ¡solo existe en el cielo eterna y durable! ¡por eso mi alma la busca á través de ese límpido azul del firmamento!

Quedó un instante embebida en honda meditación. Cuando levantó la cabeza, todas las señales de la muerte se advertían en su pálido y demacrado rostro.

Los flotantes rizos de sus largos cabellos, tendidos por la espalda, la envolvían cual un velo fúnebre; con su diáfana y blanca túnica y la corona de mirto que adornaba sus sienes unido á su nacarada palidez, aparecía cual una vírgen, que se despide del mundo para penetrar en las mansiones eternas.

Sus ojos iban perdiendo el brillo que los animaba, y la languidez apoderábase por completo de aquellos miembros fríos como el mármol de los sepulcros.

Sus labios, con una voz tan débil como el tenue suspiro de la brisa, pronunciaron las últimas palabras.

— ¡Oh madre mía! murmuró lanzando su postrimer mirada. ¿Me llamas? allá voy... Sí, sí, quiero habitar contigo y que me bendigas... ¡Tú también, hermano mío, mi querido Alberto, te sonríes y luce en tu frente una auréola de ventura que yo jamás encontré en este mundo!... ¡Ah! ¡es la dicha eterna!... ¡es la paz del alma que refleja en tu rostro!...

¡Esperadme, ya siento desatarse los terrenos lazos que me sujetan á la vida y mi espíritu libre de estas ligaduras volará al seno del Señor!...

¡Cuán feliz voy á ser á vuestro lado!... ¡Adios, Ines mia!... ¡adios, Marta! ¡tiernas amigas, constantes testigos de mi amarga desventura, adios!... ¡No me lloréis; Alberto y mi madre me llaman, la esperanza me sonrío y la hermosa y pura fe que alienta mi corazon crece y se eleva hasta el trono del Señor!...

¡Adios, amigos míos!... ¡adios, auras balsámicas de la ribera... flores hermosas de mi querido valle!... ¡adios!... ¡Virgen de Villaverde, acógeme bajo tu manto de amor!...

¡Madre mia!... ¡Alberto! ¡mi querido hermano! ya... os... sigo...

El soplo de la muerte enmudeció su labio, sus ojos se cerraron á la luz del dia, y su inanimado cuerpo cayó sin vida sobre las flores y al pié del sepulcro de su adorada madre. El alma habia volado á las regiones eternas.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

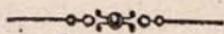
ÍNDICE

DEL TOMO SEGUNDO.

CAPÍTULO I. — El agente de la sombra.	5
CAPÍTULO II. — Historia de lágrimas	13
CAPÍTULO III. — Salvacion	22
CAPÍTULO IV. — Sebastian.	30
CAPÍTULO V. — Juramentos	37
CAPÍTULO VI. — El robo	45
CAPÍTULO VII. — Las dos hermanas	52
CAPÍTULO VIII. — Incertidumbre	60
CAPÍTULO IX. — Despedida	68
CAPÍTULO X. — Fracaso.	76
CAPÍTULO XI. — Doblez	83
CAPÍTULO XII. — Encuentro	92
CAPÍTULO XIII. — Acceso.	100
CAPÍTULO XIV. — Reprimenda paternal	108
CAPÍTULO XV. — Reconciliacion.	115
CAPÍTULO XVI. — Resúmen	120

CAPÍTULO XVII. — Continúa el anterior	128
CAPÍTULO XVIII. — La quinta de Valle-Real	134
CAPÍTULO XIX. — La ermita de Villaverde	142
CAPÍTULO XX. — Clementina y Alberto.	149
CAPÍTULO XXI. — El Trovador.	157
CAPÍTULO XXII. — El árbol de la esperanza.	168
CAPÍTULO XXIII. — ¡ Pobres amantes !	176
CAPÍTULO XXIV. — Separacion.	184
CAPÍTULO XXV. — Las dos amigos.	192
CAPÍTULO XXVI. — Visita nocturna.	202
CAPÍTULO XXVII. — La sorpresa.	209
CAPÍTULO XXVIII. — Melancolía.	217
CAPÍTULO XXIX. — Lazos rotos.	226
CAPÍTULO XXX. — El manuscrito.	233
CAPÍTULO XXXI. — Curacion.	243
CAPÍTULO XXXII. — La carta.	249
CAPÍTULO XXXIII. — Demencia.	256
CAPÍTULO XXXIV. — Salvacion y muerte.	263
CAPÍTULO XXXV. — Epílogo.	271
Conclusion.	277

LA MARQUESA DE PINÁRES.



LA MARQUESA DE PINARES

LA

MARQUESA DE PINÁRES

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA

DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

NUEVA EDICION

TOMO TERCERO

PARIS

LIBRERÍA DE GARNIER HERMANOS

Calle des Saints-Pères, nº 6.

1868

